

La participación popular en las revoluciones hispanoamericanas, 1808–1816. Un ensayo sobre sus rasgos y causas

Popular Participation in the Hispanic–American Revolutions, 1808–1816. An Essay on its Features and Causes

Gabriel Di Meglio

Docente de Historia Argentina I en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET – Argentina)
e-mail: gabrieldimeglio@gmail.com

Resumen

Este ensayo explora las características de la participación de miembros de las “clases populares” –campesinos, proletarios rurales, comunidades indígenas, esclavos, artesanos o plebeyos urbanos – durante la compleja coyuntura política del imperio español iniciada con la crisis monárquica de 1808. Muchos de estos grupos se han estudiado habitualmente por separado, de acuerdo a su pertenencia social o racial. Aquí se delinean, siguiendo una bibliografía amplia, las trayectorias de los distintos grupos en la misma coyuntura, analizando qué tuvieron en común e investigando las causas de sus acciones, desde las locales hasta las más generales: la crisis imperial, y en ese contexto, la fundamental ausencia del rey de España de su trono.

Abstract

This essay investigates how members of the “popular classes” – peasants, rural wage- workers, indigenous communities, slaves, artisans and urban plebeian – participated in the complex political conjuncture initiated with the monarchical crisis of 1808. Each of these groups has been often studied in separate, according to their specific social or racial belongings. Based on an extensive bibliography, this article intends to trace, altogether the trajectories of the different groups in that same conjuncture, thereby analyzing what did they have in common and delving into the causes of their actions, from the local to most general ones: such as the Imperial crisis and the crucial dilemma caused by the absence of the Spanish king from the throne.

Palabras-clave

participación popular, independencia hispanoamericana, rey, causalidad

Keywords

popular participation, Hispanic–American Independence, king, causality

1. Una mirada en conjunto

La participación política de miembros de las clases populares en el período de crisis y revoluciones que comenzó en el imperio español en 1808 es un tema que ha sido profusamente tratado por las historiografías hispano-americanas en clave local o regional, pero casi no ha sido explorado en conjunto, atendiendo a todo el espacio imperial a la vez.¹ Aquí propongo precisamente eso, un abordaje general en clave de ensayo. Una vasta producción historiográfica ha demostrado, en trabajos monográficos sobre todo de las últimas décadas, que la intervención popular fue decisiva en el proceso, el cual incluso no es comprensible sin tenerla en cuenta. Este ensayo se basa en esa bibliografía.

Primero presento brevemente un panorama de los eventos con impronta popular dentro de la monarquía española durante el período; es decir, un listado bastante completo de los movimientos que involucraron a campesinos, proletarios rurales, comunidades indígenas, esclavos, artesanos o miembros de la plebe de las ciudades, actuando solos o dirigidos por miembros de las elites. Luego propongo algunas reflexiones e hipótesis sobre sus características y sus causas.²

Me interesa exponer la existencia de fenómenos simultáneos en España y en toda Hispanoamérica en la coyuntura, por eso contemplo en el mismo plano movilizaciones multitudinarias y conspiraciones con algunos pocos protagonistas. Ellas no agotan la participación política popular, que también se dio en las elecciones, las cuales entre 1812 y 1814 fueron especialmente importantes en los territorios fidelistas que adoptaron la constitución de Cádiz, y también existieron en zonas insurgentes. Tales intervenciones "regladas" no entran en este análisis para no ampliarlo demasiado. Del mismo modo, no considero las movilizaciones militares conducidas por las autoridades de uno y otro bando – en las que obviamente el grueso de las tropas estaba integrado por hombres de las clases populares – ni sus consecuencias, como las desertiones o los motines contra los oficiales (a menudo, estas tropas, milicianas o regulares, no se diferenciaban demasiado de las guerrillas que sí son parte de mi análisis, pero implicaban cosas distintas). Un tercer fenómeno que no entra aquí son las partidas de bandidos presentes en muchas de las regiones consideradas y que no explicitaban posiciones políticas como sí hacían las guerrillas o las montoneras que eran percibidas como "bandidos" por diversas autoridades, y a pesar de que aun así sus acciones pueden pensarse como políticas.³ Por último, tampoco me ocupo de las intervenciones en las regiones fronterizas de los indígenas no sometidos al poder español, que no pertenecían directamente al mundo popular del imperio. No pretendo realizar una tipología de intervenciones populares en la época, es decir agruparlas por su forma, sino que las expondré espacial y cronológicamente para atender al desarrollo de la coyuntura.⁴ Para concluir con las advertencias (tan necesarias para un trabajo de este tipo): es complejo definir a los grupos enfrentados a principios de la década de 1810 porque todos se consideraban patriotas y la mayoría también partidarios del rey. Utilizo entonces los términos "revolucionarios" – se dijera así o no – o "insurgentes", contra "fidelistas" – fieles a cualquier autoridad que se entablara en la metrópoli – y "realistas" a partir del retorno del rey Fernando VII a su trono en 1814.

Me enrolo en las filas de quienes suponen que la crisis de 1808 no fue un rayo en un cielo despejado sino una antorcha caída sobre pasto seco, un acontecimiento inesperado y particularmente disruptivo en un

1

Un caso de perspectiva general es BLANCHARD, Peter. *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.

2

La definición del sujeto "popular" ameritaría una discusión larga que no se hará aquí por falta de espacio. La tomo para nombrar al conjunto de categorías recién mencionadas, unidas por ocupar los estratos más bajos de la jerarquía social en el imperio español.

3

Al respecto FRADKIN, Raúl. Banderismo rural y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815-1830). *Nuevo mundo Mundos nuevos*, 2005, disponible en <http://nuevomundo.revues.org/309>. Véase también JOSEPH, Gilbert. On the trail of Latin American Bandits: a Reexamination of Peasant Resistance. *Latin American Research Review*, n. 25, 1990, y el debate que generó en la misma revista, n.26, 1991.

4

Para tipologías de movimientos rurales véase COASTWORTH, John. Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa. In: KATZ, Friedrich (comp.). *Revolución, rebelión y revolución*. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX. México: Ediciones Era, 1990; toma los siglos XVIII y XIX en México comparando sobre todo con los Andes Centrales pero también con otros espacios americanos. Para el Perú colonial: O'PHELAN GODOY, Scarlett. Hacia una tipología y un enfoque alternativo de las rebeliones y revueltas sociales del Perú (siglo XVIII). *Jahrbuch für Geschichte von Saat, Wirtschaft un Gesellschaft lateinamerikas*, Cologne-Viena, n.21, 1984.

5

Como señaló SERULNIKOV, Sergio. En torno a los actores, la política y el orden social en la independencia hispanoamericana. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2010, <http://nuevomundo.revues.org/59668>.

imperio en decadencia, que estaba experimentando cambios significativos. Por lo tanto, sólo atendiendo a lo ocurrido previamente en cada región se puede comprender el período posterior a la invasión napoleónica de la península ibérica en toda la monarquía.⁵ Pero también me parece importante aportar una mirada general a la cuestión de la participación popular, dado que hubo más que localismo en las movilizaciones que la incluyeron.

El período tomado abarca desde los primeros movimientos justistas españoles tras la *vacatio regis* de 1808 hasta 1816, cuando puede considerarse terminado el primer ciclo del proceso revolucionario en América. La fecha de 1816 obedece a que es el año en que, con la caída de Nueva Granada y la derrota de casi todos los grupos guerrilleros altoperuanos, los realistas afianzaron su control sobre la mayor parte de los territorios insurgentes, que habían obtenido con sus victorias en distintos frentes durante 1815 (mientras que desde 1814 no había más agitaciones en España). A la vez, en 1816 los portugueses iniciaron una gran ofensiva sobre la Banda Oriental y la zona de las antiguas misiones jesuitas que pertenecía a la Liga de los Pueblos Libres conducida por José Artigas. Sólo esa región, las Provincias Unidas que dirigía Buenos Aires, los diezmos guerrilleros altoperuanos de Ayopaya y La Laguna, y las no tan numerosas tropas insurgentes de Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria en Nueva España seguían en pie frente a los realistas. Sin embargo, a fin de ese año Simón Bolívar dio comienzo a una nueva campaña en Venezuela, procedente de Haití, que a largo plazo sería exitosa, al tiempo que José de San Martín lanzaría su ofensiva sobre Chile, también destinada a triunfar. Se abría así una nueva etapa, ahora abiertamente independentista en casi todos lados.

2. Intervenciones populares

El listado de intervenciones políticas populares comienza con la misma crisis y en el corazón del imperio, en Madrid. En marzo de 1808 una multitud dirigida por un grupo de nobles partió de la capital hacia el palacio real de Aranjuez para evitar que el rey Carlos IV huyera ante la amenaza francesa. No mucho después, el 2 de mayo, se produjo un gran alzamiento antifrancés en la capital española, en buena medida protagonizado por los plebeyos madrileños, los "chisperos". Al poco tiempo se conoció en toda España la noticia de las abdicaciones de Bayona y la prisión del efímero rey Fernando VII, que dio lugar a levantamientos contra los franceses en La Coruña, Oviedo, Sevilla, Badajoz, Cartagena, Valladolid, Valencia y Zaragoza, en los que intervinieron personas de distintos niveles sociales. Las dos últimas ciudades realizaron en junio exitosas defensas contra los invasores con protagonismo del bajo pueblo. En Cataluña, a las insurrecciones urbanas se sumó una rural, con mucho peso popular. Allí, en Manresa, se produjo en julio del mismo año una rebelión plebeya contra la junta local (al grito de que "los ricos dejaban las penas para los pobres"), seguida desde entonces y hasta febrero de 1809 de otras similares contra las autoridades, con trasfondo social, en Oviedo, San Benito, Murcia, Villafranca, Granada y Cádiz.⁶

Después del desastre militar español que dejaría toda la Península en manos de los franceses a comienzos de 1810 hubo un masivo tumulto popular en Sevilla por el descontento con la dirección de la guerra, y en varias zonas rurales ocupadas comenzaron a operar varias guerrillas de integración multiclasiista que hostilizaron a los invasores (más de la mitad de los guerrilleros tenía su origen entre las "clases trabajadoras").⁷

6

FRASER, Ronald. *La maldita guerra de España*. Historia social de la guerra de la independencia, 1808-1814. Barcelona: Crítica, 2006.

7

Ibidem. Las guerrillas son un tema sobre el cual han existido distintas posturas, desde tomarla por una insurrección popular contra los franceses (TONE, John Lawrence. *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*. Madrid: Alianza, 1999), hasta considerarlas una suerte de bandidismo que atemorizaba al pueblo (ESDAILE, Charles. *España contra Napoleón*. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814). Barcelona: Edhasa, 2006).

El segundo espacio en experimentar agitaciones con impronta popular fue el Alto Perú (la actual Bolivia), a partir del movimiento autonomista de La Plata en mayo de 1809, que obligó a renunciar al presidente de la audiencia; de inmediato se formaron compañías de artesanos, "cholos" y negros, llamadas "terrores". Las noticias llevaron a un movimiento juntista en La Paz dos meses más tarde, surgido de una movilización marcada por la presencia plebeya (y que como su predecesor terminaría ahogado por la represión). Al mes siguiente se organizó en Santa Cruz de la Sierra un levantamiento conducido por esclavos, negros libres portugueses e indios tributarios, causado por la indignación que provocaron los azotes dados a un indio sacristán y con la consigna de "matar a todos los señores". Antes del estallido el plan fue delatado y los líderes apresados. En noviembre, en San Agustín de Toledo, Oruro, el pueblo se movilizó a favor del cacique Titchoca, destituido por las autoridades españolas, y para reclamar el fin del tributo. La agitación continuó y en junio de 1810 se sumarían otros pueblos, alentados por las noticias de la revolución en la capital virreinal, Buenos Aires. Pero las autoridades reaccionaron y neutralizaron el movimiento. Ese mismo mes, en la antigua misión jesuita de Trinidad, Moxos –donde había fuertes tensiones con los administradores que suplantaron a los padres– los indios canichanas se negaron a tripular unas embarcaciones, a cumplir su servicio en remo al gobernador; la rebelión fue aplastada con una matanza.⁸

Siguió un tiempo sin movilizaciones grandes en el Alto Perú, pero después de la derrota y retirada de las tropas revolucionarias de Buenos Aires que habían ocupado la región, en agosto de 1811 hubo una insurrección de grupos indígenas en Omasuyos, Pacajes y Larecaja. Llegaron a sitiar la ciudad de La Paz y saquearon propiedades de la zona antes de ser vencidos por tropas fidelistas indígenas provenientes de Cuzco (conducidas por Mateo Pumacahua, quien había dirigido la represión contra Túpac Amaru en 1780). En octubre de 1811 se produjo un levantamiento con participación plebeya –pronto suprimido– en Cochabamba, que se pronunció contra la instalación de autoridades fidelistas y a favor de ubicar a la ciudad otra vez bajo la órbita del gobierno de Buenos Aires. Después de todas las derrotas se realizó en abril de 1812 una gran reunión de indios en Belén, Sicasica, para reorganizar una resistencia, pero fueron atacados por las tropas fidelistas "pacificadoras", que los vencieron.⁹ De todos modos la región siguió experimentado movimientos, como el levantamiento indígena contra los malos administradores en Reyes, Moxos, en noviembre del mismo año.¹⁰ Entre principios de 1813 y mediados de 1815 se movilizaron guerrillas con un fuerte componente de mestizos e indígenas, que hostigaron constantemente y con suerte dispar a los fidelistas en Santa Cruz de la Sierra, La Laguna (Cochabamba), Ayopaya, Vallegrande, Cinti y Larecaja.¹¹

En el resto del virreinato del Río de la Plata la participación popular comenzó en Buenos Aires, que ya conocía la agitación plebeya desde la convulsión política generada por las invasiones británicas de 1806 y 1807. A partir de la formación de una junta autónoma de gobierno en mayo de 1810 se volvió habitual la realización de movilizaciones callejeras de la plebe, a las que a partir de abril de 1811 –cuando se organizó un movimiento que exigió en vano la expulsión de los españoles de la ciudad– apelaron distintas facciones para buscar cambios de gobierno (sucedió otra vez ese mismo año, en 1812 y en 1815). También hubo motines milicianos con gran repercusión política, como el de los patricios en diciembre de 1811 –buscando mantener las prerrogativas que habían conseguido años antes– y

8

Veáanse para cada caso, en orden: JUST LLEÓ, Estanislao. *Comienzo de la independencia en el Alto Perú: los sucesos de Chuquisaca, 1809*. Sucre: Editorial Judicial, 1994. p.505; BALLIVIÁN DE ROMERO, Florencia. Los primeros levantamientos en Charcas. In: *Los bolivianos en el tiempo*. Cuadernos de historia. La Paz: Universidad Andina Simón Bolívar-INDEEA, 1993; ARZE AGUIRRE, René. *Participación popular en la independencia de Bolivia*. La Paz: Librería Juventud, 1979. p.116-117; DE MAMÁN, Ítala. Participación indígena en la independencia altoperuana: la región de Cochabamba. In: BONILLA, Heraclio (ed.). *Indios, negros y mestizos en la independencia*. Bogotá: Planeta, 2010; ROCA, José Luis. *Ni con Lima ni con Buenos Aires, la formación de un estado nacional en Charcas*. La Paz-Lima: Plural Editores-IFEPA, 2007.

9

Veáanse ARZE AGUIRRE, René. Op. Cit.; DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla*. El diario de José Santos Vargas (1810-1825). La Paz: IFEPA-Plural Editores, 2007.

10

Para ambos véase ARZE AGUIRRE, René. Op. Cit.

11

Veáanse fundamentalmente ARNADE, Charles. *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Librería Juventud, 1964; SOUX, María Luisa. Los caudillos insurgentes en la región de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas. In: BRAGONI, Beatriz; MATA, Sara (comps.). *Entre la Colonia y la República*. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009; y DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla...* Op. Cit.

12

DI MEGLIO, Gabriel. *¡Viva el bajo pueblo!* La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006. También HALPERIN DONGHI, Tulio. *Revolución y guerra*. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

13

BRAGONI, Beatriz. Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la Revolución. In: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está?* Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008.

14

FREGA, Ana. *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista*. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2007. Para Entre Ríos véase FRADKIN, Raúl. La revolución en los pueblos del litoral rioplatense. *Estudios Ibero-Americanos*, Porto Alegre, n.36, v.2, 2010.

15

FRADKIN, Raúl. La revolución en los pueblos del litoral... Op. Cit.; WILDE, Guillermo. *Religión y poder en las misiones guaraníes*. Buenos Aires: SB, 2009; MACHÓN, Jorge; CANTERO, Oscar. *1815-1821: Misiones provincia federal*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones, 2008.

16

MATA, Sara. *Los gauchos de Güemes*. Buenos Aires: Sudamericana, 2008; PAZ, Gustavo. El orden es el desorden. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821. In: FRADKIN, Raúl y GELMAN, Jorge (comps.). *Desafíos al orden*. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2008.

17

PINTO VALLEJOS, Julio y VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica. *¿Chilenos todos?* La construcción social de la nación (1810-1840). Santiago: LOM ediciones, 2009.

18

LEÓN, Leonardo. *Ni patriotas ni realistas*. El bajo pueblo durante la independencia de Chile, 1810-1822. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-dibam, 2011.

una gran agitación antiespañola en junio de 1812, cuando un esclavo denunció que se preparaba un alzamiento de peninsulares en la ciudad. Ante la presión popular, 33 de los acusados fueron fusilados y colgados frente a grandes multitudes a lo largo de un mes, en medio de una ola de delaciones, saqueos de viviendas y otras acciones violentas, en las cuales los plebeyos jugaron un papel principal.¹² Los esclavos también se activaron en la ciudad de Mendoza, donde en mayo de 1812 un grupo organizó un fallido levantamiento para tomar armas y exigirle al gobierno "un decreto que les diera la libertad a todos".¹³

Junto a estos movimientos urbanos se dieron otros en zonas rurales. Uno muy importante, marcadamente antiespañol, surgió en las costas del río Uruguay de la Banda Oriental y Entre Ríos en febrero de 1811. Distintas partidas se apoderaron de los pueblos de la zona con el objetivo de unirse a los revolucionarios de Buenos Aires contra la ciudad fidelista de Montevideo. En noviembre de 1811, José Artigas, convertido en líder del movimiento oriental, se opuso a un armisticio firmado por Montevideo y Buenos Aires que los dejaba en manos de la primera y decidió abandonar la región; miles de familias migraron hacia Entre Ríos. Desde entonces se afianzaría el carácter popular del artiguismo, en el cual los "infelices" – peones, ocupantes de tierra sin título, esclavos– tendrían un protagonismo creciente y mostrarían una gran radicalidad.¹⁴ Una experiencia interna al artiguismo se dio entre los guaraníes que habían sido parte de las misiones jesuitas al norte del río Uruguay. Algunos de ellos se enfrentaron a partir de 1813 a los administradores de los pueblos nombrados desde Buenos Aires, iniciando un movimiento de radicalización guaraní. Desde 1815, el cacique Andresito Guacurarí impulsó un programa de cambio en los antiguos pueblos misioneros, buscando la reunificación de la antigua provincia jesuita, incluidos los pueblos que estaban bajo dominio portugués y los que dependían de Asunción, pero sin jesuitas ni administradores; los guaraníes se gobernarían a sí mismos. A la vez, el movimiento expresó resentimientos contra los blancos.¹⁵

El otro foco de acción popular rioplatense estuvo al Norte, en los límites con el Alto Perú. La ciudad de Salta cambió de manos en varias ocasiones durante la guerra y la segunda vez que cayó en poder de los realistas, en 1814, éstos ya no contaba con apoyos locales, que se habían ido. Para sostenerse recurrieron a la requisita de bienes en la campaña circundante, esfuerzo que devino en un saqueo sistemático de las explotaciones rurales, provocando una enorme indignación y la resistencia armada de partidas de pequeños y medianos propietarios y arrendatarios. Luego se agregarían indígenas de Jujuy, dándole un componente de tensión étnica al levantamiento, el cual enfrentaría las incursiones realistas desde el Alto Perú pero también subvertiría el orden local en los años sucesivos. Los "gauchos de Güemes", tal su líder, se apropiaron en repetidas ocasiones de ganado de los terratenientes locales –protegidos por sus oficiales– y durante los años de guerra dejaron de pagar los arriendos.¹⁶

En el vecino Chile, la participación popular no fue tan destacada, aunque también existió. Los movimientos militares en Santiago de septiembre y noviembre de 1811, dirigidos por los hermanos Carrera, incluyeron la convocatoria a personas de la plebe.¹⁷ Años más tarde, hubo una nueva presencia popular en las guerrillas que se formaron para hostigar a los realistas en las postrimerías del período aquí considerado (por ejemplo en Colchagua).¹⁸

19

SEINER LIZÁRRAGA, Lizardo. La rebelión de Tacna de 1811. In: O'PHÉLAN GODOY, Scarlett (comp.). *La independencia en el Perú*. De los Borbones a Bolívar. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 2001.

20

En orden: IGLESIAS BERROSPÍ, Luis. *La revolución en el partido de Huamalíes, 1812*. Huánuco: Ediciones Illatupac, 2003; WALKER, Charles. *De Tupac Amaru a Gamarra*. Cuzco y la formación del Perú republicano, 1740-1840. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 2004; CAHILL, David. Una visión andina: el levantamiento de Ocongate en 1815. *Histórica*, Lima, v.XII, n.2, 1988.

21

En orden: MINCHOM, Martin. *The People of Quito, 1690-1810: Change and Unrest in the Underclass*. Boulder: Westview Press, 1994; RODRÍGUEZ, Jaime. *La independencia de la América española*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1996; HIDROVO QUIÑÓNEZ, Tatiana. Los 'alucinados' de Puerto Viejo. Noción de soberanía y ciudadanía de los indios de Manabí, 1812-1822. In: BONILLA, Heraclio (ed.). Op. Cit.

22

Para todos estos casos véase REYES CÁRDENAS, Catalina. La participación popular en la primera república en el Nuevo Reino de Granada, 1810-1816. In: BONILLA, Heraclio (ed.). Op. Cit.

23

LASSO, Marixa. *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia, 1795-1831*. Pittsburgh: Pitt Latin American Studies, 2007. La producción sobre Cartagena que se ocupa de la intervención de los pardos es una de las pocas que es amplia para un mismo lugar. Véanse también MÚNERA, Alfonso. *El fracaso de la nación*. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810). Bogotá: Banco de la República-El Áncora ediciones, 1998; CONDE CALDERÓN, Jorge. *Espacio, sociedad y conflictos en la provincia de Cartagena 1740-1815*. Barranquilla: Fondo de publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1999; y HELG, Aline. *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*. Chapel Hill & London: The University of North Carolina Press, 2004. Las diferencias entre las perspectivas, no muy significativas, están esbozadas en MÚNERA, Alfonso. Negros y mulatos en la independencia de Cartagena de Indias: un balance. In: BONILLA, Heraclio (ed.). Op. Cit.

Más al norte, el virreinato del Perú, baluarte fidelista de América del Sur, sufrió algunos episodios de insurgencia con presencia popular. El primero tuvo lugar en Tacna en junio de 1811 y dos años más tarde la misma ciudad fue escenario de otro alzamiento; en ambos intervinieron mulatos, indígenas y zambos.¹⁹ Los dos quisieron vincularse con los revolucionarios rioplatenses y fueron vencidos, rasgos compartidos por las rebeliones de la sierra en esos años: la de Huanuco en enero de 1812 y la de Cuzco en agosto de 1814. La primera aglutinó a indios y criollos contra las autoridades locales y la segunda terminó por involucrar al anciano y hasta entonces leal cacique Pumacahua. Otros pueblos de la región, Ocongate y Marcapata, se plegaron al levantamiento, durante el cual se produjeron ataques de los indígenas a los criollos.²⁰

Continuando en dirección septentrional, la ciudad de Quito tenía una larga tradición de movilizaciones plebeyas y una de ellas – que procuraba liberar a una serie de prisioneros – se produjo en agosto de 1810, expresando un sentimiento antipeninsular. Los alzados se apoderaron de la ciudad y resistieron durante más de dos años. La reconquista fidelista de la ciudad tuvo como actor fundamental a los indios de la audiencia de Quito, movilizados por la contrarrevolución. Más tarde, en 1814, hubo levantamientos fallidos en Jipipapa, pueblo indio, y en el vecino Puerto Viejo, pueblo criollo (ubicados al norte de Guayaquil), contra la reimposición del tributo y a favor de la abolida constitución de Cádiz.²¹

En la vecina Nueva Granada, la activación popular se había iniciado a fines de 1809 con una "conspiración de negros" que fue desarticulada en El Chocó, cuyo motivo fue el rumor de que en España se había prometido la libertad a los esclavos. Pero el grueso de los acontecimientos con impronta popular comenzó en 1810: en junio una multitud dirigida por un zambo y un negro se lanzó contra un enviado de la Real Hacienda en Mompox, iniciando una escalada de acciones que terminó en la formación de una junta y la declaración de la independencia absoluta de España o cualquier otro país, para vivir en "feliz anarquía"; en julio, el asesinato de tres campesinos por la guardia en la Villa del Socorro llevó a un levantamiento contra el corregidor; el mismo mes, en la capital Santa Fe de Bogotá, se formó una junta a través de un movimiento en el que participaron "chisperos o descamisados" junto a la elite (había muchos artesanos y gentes "muy bajas", como chicheras, pulperas, vendedoras de la plaza, vagos y mendigos).²² La agitación plebeya fue particularmente importante en Cartagena de Indias – donde se había formado una junta en abril de 1810 – porque muy pronto los pardos empezaron a participar con presiones sobre las autoridades. Cuando en febrero de 1811 los fidelistas quisieron voltear a la junta, las milicias de blancos y pardos, más miembros del bajo pueblo, lo impidieron; muchas casas de españoles fueron saqueadas sin que la junta pudiera hacer nada al respecto. En noviembre, la presión de la milicia de pardos y los "estratos populares del puerto" fue clave para la declaración de la independencia.²³

Una característica fundamental de la participación popular neogranadina fue que se dio en los dos bandos. En marzo de 1811, en Popayán, la cuadrilla de la mina de San Juan se volvió autónoma y se alió con las autoridades fidelistas contra los revolucionarios, a quienes acusaban de negarles la libertad que supuestamente se había declarado. Durante años estos esclavos autoemancipados lucharían en el bando realista. En la misma zona austral de Nueva Granada ocurrió algo similar con los esclavos cimarro-

24

ECHEVERRI, Marcela. Popular Royalists, Empire, and Politics in Southwestern New Granada, 1809-1819. *Hispanic American Historical Review*, v.91, n.2, 2011; GUTIÉRREZ RAMOS, Jairo. Los indios de la Nueva Granada y las guerras de independencia. In: BONILLA, Heraclio (ed.). Op. Cit.

25

McKINLEY, Michael. *Pre-Revolutionary Caracas. Politics, Economy and Society, 1777-1811*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

26

GÓMEZ, Alejandro. La Revolución de Caracas desde abajo. Impensando la primera independencia de Venezuela desde la perspectiva de los Libres de Color, y de las pugnas político-bélicas que se dieran en torno a su acceso a la ciudadanía, 1793-1815. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008, <http://nuevomundo.revues.org/32982>

27

THIBAUD, Clément. *República en armas*. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela. Bogotá: Planeta, 2003.

28

AAVV. *Memorias de la insurgencia*. Caracas: Centro Nacional de Historia-Archivo General de la Nación, 2011.

29

GUARDINO, Peter. *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State*: Guerrero, 1800-1857. Stanford: Stanford University Press, 1996; TERÁN, Marta. El movimiento de los indios, castas y la plebe de Valladolid de Michoacán en el inicio de la guerra por la independencia, 1809-1810. In: TERÁN, Marta y SERRANO ORTEGA, José Antonio (ed.). *Las guerras de Independencia en la América española*. México: El Colegio de Michoacán-INAH-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002.

nes – negros, zambos y mulatos – del Patía, que lucharían desde mayo de 1812 junto con los fidelistas de Pasto. Estos también obtuvieron más tarde el apoyo de los pueblos de indios ubicados alrededor de la ciudad, que en 1814 se movilizaron contra una ofensiva de los revolucionarios y contribuyeron decisivamente a derrotarla (como recompensa, desde 1817 les dejaron de cobrar el tributo). Algo similar ocurrió en el Caribe neogranadino: grupos indígenas de Santa Marta actuaron en 1813 a favor de la causa fidelista ante el ataque de los revolucionarios de Cartagena, obteniendo luego una recompensa similar.²⁴

También Venezuela experimentó la participación popular en ambos bandos: en octubre de 1810 se congregó una multitud en Caracas al mando de Félix Ribas, un líder criollo que devino referente de los pardos de la ciudad, a fin de pedir la expulsión de los españoles (la junta, en cambio, exilió a Ribas).²⁵ En julio de 1811 los milicianos pardos, que pretendían la igualdad con los blancos, aplastaron en la misma Caracas un motín protagonizado por los canarios contra la independencia que se acababa de declarar. Sin embargo, en el mismo mes, otro levantamiento anti-independentista en la cercana Valencia obtuvo la adhesión de los pardos y negros de la ciudad, en parte porque los fidelistas ofrecieron la libertad a los esclavos si tomaban las armas en nombre del rey. Durante el alzamiento los pardos atacaron la marca de su desigualdad, quemando las actas bautismales.²⁶ Un año más tarde, los esclavos negros de Barlovento, al este de Caracas, se rebelaron contra los republicanos en defensa del "Dios verdadero", del rey y de la fe. Expresaron un abierto odio anti blanco, en especial contra sus amos revolucionarios y contribuyeron decisivamente a la caída de la primera república en 1812. La segunda república – después del regreso triunfal de Bolívar en 1813 – también tuvo entre las causas de su caída una movilización popular: en enero de 1814 se inició el alzamiento en su contra de los llaneros del Apure, cuyo principal líder sería José Boves. Mientras Bolívar y los revolucionarios desconfiaban de la movilización popular, los fidelistas azuzaron el sentimiento de hostilidad anti-blanco entre pardos, mestizos, negros y zambos contra los oficiales revolucionarios provenientes de la élite criolla, e hicieron una vaga promesa de revisar el sistema de castas si se reinstalaba el orden colonial. Aunque Boves murió, la victoria de los suyos fue total.²⁷ Existieron en paralelo algunas movilizaciones populares insurgentes: en Maraicabo, ciudad por entonces realista, se organizó un fracaso motín en febrero de 1814, con participación de algunos pardos.²⁸

La región más populosa de América, Nueva España, vivió un estallido sin precedentes. Ya en noviembre de 1808 se había descubierto una conspiración de mulatos contra los españoles en Acapulco, mientras que un año más tarde se había intentado crear una junta en Valladolid, Michoacán, en un movimiento con apoyo indígena.²⁹ Pero la insurrección comenzó en septiembre de 1810, cuando el cura Miguel Hidalgo lideró un enorme levantamiento sobre todo campesino en El Bajío, culpando a los españoles de los males que aquejaban a la población común. Los insurgentes entraron en Guanajuato y tomaron tras un combate la Alhóndiga, donde se habían refugiado las familias más pudientes con sus pertenencias y se había organizado una resistencia armada; al caer el edificio, quienes estaban en el interior fueron masacrados y sus bienes saqueados. El episodio horrorizó a muchos y como anunciaba una posible guerra social volcó a numerosos criollos contra la insurgencia. De todas maneras, ésta siguió expandiéndose y su segundo gran foco fue la región de Guadalajara.

En orden: ARCHER, Christon. *Byte of the Hydra: the rebellion of Cura Miguel Hidalgo, 1810-1811*. In: RODRÍGUEZ, Jaime (comp.). *Patterns of Contention in Mexican History*. Wilmington: SR Books, 1992; TERÁN, Marta. Op. Cit.; TAYLOR, William. *Bandolerismo e insurrección: agitación rural en el centro de Jalisco, 1790-1816*. In: KATZ, Friedrich (comp.). Op. Cit.; DEL ARENAL FENOCHIO, Jaime. *Cronología de la independencia (1808-1821)*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2011. Valladolid hoy es Morelia, Michoacán.

31

ORTIZ ESCAMILLA, Juan. *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*. Sevilla: Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía/El Colegio de México/Instituto Mora, 1997; HERNÁNDEZ, Jesús. *Quando los mulatos quisieron mandar. Insurgencia y guerra de castas en el puerto de Acapulco, 1809-1811*. In: BUSTAMANTE ÁLVAREZ, Tomás y GARZA GRIMALDO, José Gilberto (coords.). *Los sentimientos de la nación. Entre la espada espiritual y militar, la formación del estado de Guerrero*. México: Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001.

32

Véanse HAMNETT, Brian. *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986; GUARISCO, Claudia. *Los indios del Valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835*. México: El Colegio Mexiquense, 2003; ORTIZ ESCAMILLA, Juan. Op. Cit.

33

VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. Su análisis –que generó varias polémicas– se centra no en los grandes acontecimientos de la insurgencia sino en pequeños episodios como el linchamiento de cuatro españoles en el pueblo de Atzacmulco (Valle de México) en noviembre de 1810.

34

ANDREWS, Catherine y HERNÁNDEZ, Jesús. *Del Nuevo Santander a Tamaulipas. Génesis y construcción de un estado periférico mexicano, 1770-1825*. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2012.

35

DUCEY, Michael. *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850*. Tucson: University of Arizona Press, 2004.

36

TAYLOR, William. *Bandolerismo e insurrección...* Op. Cit.; VÁZQUEZ OLIVERA, Mario. *Escenarios de la guerra: Sureste*. In: ÁVILA, Alfredo; GUEDEA, Virginia; IBARRA, Ana Carolina. *Diccionario de la independencia de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010. p.186.

37

WARREN, Richard. *Elections and Popular Political Participation in Mexico, 1808-1836*. In: PELOSO, Vincent; TENEMBAUM, Barbara A. (eds.). *Liberals, Politics and Power. State Formation in Nineteenth-Century Latin America*. Athens & London: The University of Georgia Press, 1996.

Cuando las fuerzas de Hidalgo llegaron a Valladolid, se produjo otra matanza de españoles a manos de los insurgentes. En octubre de 1810 los criollos e indígenas de Zocoalco, Jalisco, se sumaron al alzamiento y casi en simultáneo se levantó una partida insurgente conducida por Ignacio López Rayón en Tlapujahua, Michoacán.³⁰ En el mismo mes se rebelaron Carácuaro y Zacatula, en la Tierra Caliente – con una movilización de mulatos libres que trabajaban en las haciendas – y surgió el liderazgo de José María Morelos. Esta primera fase de la insurgencia novohispana se debilitó tras la gran derrota de Hidalgo en Puente de Calderón en enero de 1811.³¹ Sin embargo, varios focos insurgentes siguieron en pie en áreas muy amplias: el Valle de México, Zacatecas, San Luis Potosí y Nueva Galicia.³² Hubo grupos que se articularon con las fuerzas de Morelos y López Rayón (hasta su caída en 1815), mientras que según Eric Van Young algunas comunidades indígenas no hicieron causa común con esos líderes sino que se aislaron, protagonizando una sublevación más atomizada y menos visible que tomó la forma de “implosiones” autonomistas.³³

Durante 1811 se activaron nuevos centros de rebelión: en enero grupos indígenas pames y pisonés, que habían vivido en misiones cercanas, ocuparon el pueblo de Tula, Nuevo Santander, en connivencia con insurgentes llegados de San Luis Potosí; hubo otros puntos de rebelión en la zona, pero todos serían reprimidos por los fidelistas.³⁴ En junio se dio un levantamiento contra las autoridades locales en Chincotepec, Veracruz, y luego otros pueblos de la zona se plegaron a la insurgencia.³⁵ En octubre, en los pueblos ubicados en torno del Lago Chapala, Jalisco, la incursión de tropas fidelistas persiguiendo sobrevivientes de la insurgencia generó un levantamiento de los pueblos indígenas de la zona a favor de los rebeldes, movimiento que resistió exitosamente en la zona hasta fines de 1816. Un mes más tarde hubo una sublevación indígena que mató a diez españoles en los pueblos de Jamiltepec y Pinotepa, Oaxaca. Y en diciembre, en la Mixteca se activó una partida insurgente que actuó en el área.³⁶ En la misma ciudad de México, cuando se realizaron las primeras elecciones de acuerdo a la constitución de Cádiz, no sólo votaron muchos plebeyos sino que tras conocerse el triunfo del sector autonomista – entre ellos varios del grupo pro-insurgente los *Guadalupes* – tuvo lugar una celebración callejera “tumultuosa”, en la que se gritaron consignas insurgentes.³⁷ Incluso en zonas fuertemente fidelistas hubo agitación: en el pequeño pueblo oaxaqueño de Yauhive, por caso, se dio una protesta sobre el monto de los emolumentos parroquiales, al estilo de las disputas aldeanas habituales, que sin embargo adquirió un tono crítico del orden en la coyuntura.³⁸

Centroamérica y las Antillas estuvieron firmemente en manos fidelistas, pero no fueron ajenas a la tendencia general. En la primavera de 1811 se organizó en Tegucigalpa un movimiento contra los regidores españoles del Cabildo, en el que intervinieron artesanos mulatos y residentes indígenas. Casi al mismo tiempo hubo un movimiento plebeyo contra impuestos y monopolios en Metapán, El Salvador, y en diciembre, las “masas” actuaron en León, Nicaragua, apoyando la formación de una junta gubernativa, que finalmente se declaró a favor del fidelismo.³⁹

Pasando a las islas, en Santo Domingo se descubrió en septiembre de 1810 la “Revolución de los italianos”, llamada de ese modo porque en ella participó un teniente sardo, pero que tuvo protagonismo de varios negros y mulatos que habían formado parte de las “tropas auxiliares” de los líderes revolucionarios haitianos Jean François y Biassou (quienes habían luchado

38

GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty*. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850. Durham & London: Duke University Press, 2005.

39

DYM, Jordana. *From Sovereign Villages to National States: City, State and Federation in Central America, 1759-1839*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, 2006.

40

DEIVE, Carlos. *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988.

41

CHILDS, Matt. *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2006. Véanse también GARCÍA RODRÍGUEZ, Gloria.

La resistencia: la lucha de los negros contra la resistencia esclavista, 1790-1845. In: GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, M.D. et al. *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005 y FRANCO, José Luciano. *Las conspiraciones de 1810 y 1812*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1977.

42

FRASER, Ronald. Op. Cit., p.46.

43

PORTILLO VALDÉS, José María. *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*. Madrid: Marcial Pons, 2006.

44

PÉREZ, Mariana. ¡Viva España y mueran los patricios! La conspiración de Álzaga de 1812. In: ALABART, Mónica Pérez; FERNÁNDEZ, María Alejandra; PÉREZ, Mariana (comps.). *Buenos Aires, una sociedad que se transforma*. Entre la colonia y la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Prometeo Libros/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2012. Véase también DI MEGLIO, Gabriel. *¡Viva el bajo pueblo!...* Op. Cit.

45

Los números están respectivamente en VAN YOUNG, Eric. Hacia la insurrección: orígenes agrarios de la rebelión de Hidalgo en la región de Guadalajara. In: KATZ, Friedrich (comp.). Op. Cit.; FRASER, Ronald. Op. Cit.; SCHMIT, Roberto. *Ruina y resurrección en tiempos de guerra: sociedad, economía y poder en el oriente entrerriano posrevolucionario, 1810-1852*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2004; DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla...* Op. Cit.; USLAR PIETRI, Juan. *Historia de la Rebelión Popular de 1814*. Madrid: Edime, 1962; THIBAUD, Clément. Op. Cit.

luego para España). En la fracasada conspiración se expresó abiertamente el odio a los españoles.⁴⁰ Por su parte, Cuba vivió en enero de 1812 un levantamiento de esclavos, que fue reprimido, en distintas zonas del Oriente. En La Habana capturaron al supuesto líder, un artesano, moreno libre, llamado José Antonio Aponte, quien era oficial de la milicia. Le encontraron un libro con imágenes de los líderes haitianos que mostraba a los negros y fue ejecutado.⁴¹

3. Rasgos comunes

Es casi ocioso decir tras este listado que la participación política de miembros de las clases populares en el proceso de revoluciones y contra-revoluciones hispano fue destacada. El dato tal vez más llamativo es la simultaneidad de los episodios, generalmente sin coordinación entre ellos y en espacios muy extendidos. La presencia popular existió desde el inicio mismo de la crisis dinástica. De hecho, fue clave en su desencadenamiento: el motín de Aranjuez, debido al cual se produjo después la reunión en Bayona que terminó en las abdicaciones reales; en aquel, las clases populares, "por primera vez en la historia moderna de España, habían participado en la destitución de un monarca en el trono".⁴²

Si en 1808 la acción popular se circunscribió a España y en 1809 tuvo como centro principal al Alto Perú, desde 1810 fue algo generalizado en casi toda la extensión de las colonias hispanoamericanas. Entre ese año y 1812, coincidiendo con el "momento de los pueblos" – como definió José María Portillo Valdés al período que se extiende entre la acefalía real de 1808 y la sanción de la constitución de Cádiz de 1812 – se dio la etapa más intensa de acciones políticas con impronta popular, que luego fueron conviviendo más con una situación abierta de guerra.⁴³ Hubo episodios con exclusivo protagonismo indígena o esclavo, pero en muchos de los acontecimientos consignados hubo participantes de distintos sectores del mundo popular actuando juntos. En ocasiones eso creó identidades amplias, como ocurrió con un esclavo de Buenos Aires llamado Valerio, a quien en la gran agitación antiespañola de 1812 su amo peninsular le preguntó "de qué partido era" y él respondió que "estaba con los criollos porque el rey indio y el rey negro eran la misma cosa".⁴⁴

La magnitud de las movilizaciones fue muy diversa. El cura Hidalgo llegó a reunir a unos 100.000 insurgentes novohispanos antes de su derrota en Puente de Calderón, un número muy superior a cualquier otro movimiento de los descriptos e incomparable con el resto de América (salvo la Gran Rebelión andina de 1780). Sólo en España hubo algo de escala equiparable, dado que se ha calculado que en 1811, año de su apogeo, las guerrillas de todo el país – sin contar Cataluña ni Galicia – sumaban más de 55.000 personas. De todos modos, movimientos como la emigración en la Banda Oriental en 1811 fueron muy significativos para la cantidad de población existente: alrededor de 10.000 personas – familias completas – se trasladaron a Entre Ríos, una parte considerable de los habitantes rurales de la región. Las guerrillas altoperuanas no eran muy numerosas – la de Ayopaya en su apogeo reunió a unos 500 hombres – pero cuando obtenían el apoyo de comunidades indígenas los números cambiaban; los indios derrotados por los fidelistas en Belén en 1811 eran 2.000. Los llaneros contrarrevolucionarios de Boves eran más de 7.000 y eran otros tantos los pardos y negros que lucharon contra los revolucionarios desde Barlovento.⁴⁵

Un dato fundamental es que esta movilización popular en el bando fidelista no fue más "conservadora", porque a pesar de que se hiciera en nombre del orden establecido generó una gran violencia y también impulsó cambios sociales. Lo evidencian casos como el de los llaneros, el de los pardos de Valencia, el de los esclavos de Barlovento (todo esto en Venezuela) y el de los esclavos e indígenas de Popayán. Esto implica que hubo "agendas" populares que se acomodaron a las diferentes contingencias y que la transformación, cuando se dio, no fue sólo en las filas revolucionarias.

En el lado insurgente hubo un punto común a lo largo del imperio: el odio hacia los europeos. Si las elites tenían tirantezas claras con los peninsulares, la radicalización de la oposición hacia ellos parece haberse debido en varios de los lugares considerados a la presión popular, más intransigente. Así, la abierta hostilidad – con llamados a matarlos – hacia a los *chape-tones* en los Andes, los *gachupines* en Nueva España, los *maturrangos* en el Río de la Plata, los *sarracenos* en diversos lugares, fue inmediata; también ocurrió en Quito, en Santo Domingo y en Caracas. En el antiespañolismo se expresaron también, según sugiere la evidencia, tensiones sociales, subsumidas en la lucha con esos enemigos; es decir que se atacaron también en la figura de los europeos las jerarquías y la propiedad, que no se cuestionaban en los criollos. Pero es interesante notar que esa conflictividad social estuvo presente en las movilizaciones populares fidelistas que se volcaron contra las aristocracias americanas revolucionarias y tuvieron también una dimensión anti-blanca.

Otro tema común y fundamental fue la definición del pueblo y su indeterminación en la coyuntura. En muchos de los episodios, sobre todo urbanos, la polisemia del concepto se puso en juego. Consigno algunos ejemplos: en agosto de 1810, José María García de Toledo dijo en Cartagena que su elección a la junta no dependía del pueblo – que veía peligrosamente asociado a la plebe – sino de sus representantes. En Santiago de Chile se dio la misma indefinición en 1811, cuando se hablaba alternativamente de la "parte más sana" del pueblo y del bajo pueblo, distinguiéndolos con claridad. Lo mismo ocurrió en Buenos Aires en abril de 1811: algunos perjudicados por el movimiento que tuvo lugar en esa oportunidad se quejaron de que se había considerado "pueblo a la ínfima plebe del campo, en desmedro del verdadero vecindario ilustre". En Caracas, en diciembre de 1811, el publicista Miguel Sanz sostuvo que el pueblo eran los propietarios y que el pueblo soberano que conduciría a la sociedad a la felicidad "no es la multitud". También en la Nueva Granada de ese momento se realizaron diferenciaciones entre la "plebe ignorante" y el "pueblo feliz", mientras que en Nueva España se distinguió al pueblo soberano del pueblo "ínfimo", que debía ser tutelado y no podía gozar de la ciudadanía porque era rústico e indigente.⁴⁶ Si las elites tuvieron que marcar las diferencias entre pueblo y plebe, es porque la situación era ambigua y esa distinción había dejado de ser clara (cuando algo debe señalarse como norma habitualmente es porque ya no se cumple). Las clases populares ocuparon un lugar posible dentro del pueblo y eso no era menor cuando éste se convirtió en pieza central de los nuevos tiempos, al ser reconocido como sujeto soberano en ausencia del rey. Pudiendo aspirar a ser pueblo, las clases populares discutían implícitamente el orden.

Aunque las formas de las intervenciones populares se asemejaran a las ya conocidas de los movimientos contra el mal gobierno de los siglos previos, los efectos eran otros y los horizontes empezaron a cambiar y a

46

LASSO, Marixa. Op. Cit.; PINTO VALLEJOS, Julio y VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica. Op. Cit.; GOLDMAN, Noemí; DI MEGLIO, Gabriel. Pueblo – Argentina (la cita en p. 1141); SERRANO, Ezio. Pueblo – Venezuela (la cita de Sanz en p. 1246); GARRIDO, Margarita. Pueblo – Colombia; VERA ROLDÁN, Eugenia. Pueblo – México, los cuatro en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (dir.). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*. Madrid: Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

48

FRADKIN, Raúl. Los grupos sociales subalternos y la revolución en el litoral rioplatense. ORTELLI, Sara (coord.). *Las independencias desde abajo: historias de subalternos, excluidos y olvidados en América a principios del siglo XIX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, en prensa.

49

FRASER, Ronald. Op. Cit.

50

ARZE AGUIRRE, René. Op. Cit.; MATA, Sara. Op. Cit.; FRADKIN, Raúl. La revolución en los pueblos del litoral... Op. Cit.

51

Entre otros textos véanse DEMÉLAS, Marie-Danielle. La guerra religiosa como modelo. In: GUERRA, François-Xavier (dir.). *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*. Madrid: Editorial Complutense, 1995; TAYLOR, William. La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política del período de independencia. In: MAYER, Alicia (coord.). *México en tres momentos, 1810-1910-2010*. Vol. II. México: UNAM, 2007; BARSONELL, Genis. La Guerra de la Independencia como guerra religiosa: el ejemplo de los sitios de Zaragoza y Gerona. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2010, <http://nuevomundo.revues.org/59671>; DI STEFANO, Roberto. *El púlpito y la plaza*. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004; ORTEMBERG, Pablo. Las Virgenes Generales: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, n.35, en prensa. La noticia referente a Hidalgo en ANDREWS, Catherine y HERNÁNDEZ, Jesús. Op. Cit., p.139.

52

TUTINO, John. Buscando independencias populares: conflicto social e insurgencia agraria en el Mezquital mexicano, 1800-1815. In: TERÁN, Marta; SERRANO ORTEGA, José Antonio (eds.). Op. Cit.

expandirse. Según señaló Michael Ducey para la Huasteca novohispana, "a diferencia de las anteriores revueltas coloniales, la insurgencia ofrecía una legitimidad política alternativa".⁴⁷ Esto se diferenciaba claramente de la escena andina central, donde las rebeliones que comenzaron en 1780 habían dado lugar a una clara impugnación del orden colonial por parte de los indígenas, a lo que colaboró el imaginario del retorno del Tawantinsuyu. La novedad de lo que comenzó en 1809 en América no era la idea de independencia política – porque de hecho otras de las cosas comunes de los episodios descritos es que el problema de la independencia respecto de España no estuvo en general entre las principales preocupaciones populares y muchas veces no tuvo nada que ver con su movilización – pero sí un cuestionamiento general del orden existente, con alcance imperial. Un único ejemplo de los muchos posibles es la proclama lanzada en 1813 por el cacique Domingo Manduré a los pobladores de Yapeyú, una anti-gua reducción jesuita guaraní: "hermanos, sabemos que Dios nos dotó al crearnos con la libertad, y sabemos que ante él somos iguales y lo mismo ante la Ley", convocándolos a que "nos quitemos de mandones".⁴⁸ Como en este caso, hubo una aspiración a la igualdad política en la mayoría de los espacios contemplados, a la que se sumó en algunos casos una tendencia a la igualación social y racial, muy fuerte en espacios como Cartagena, Caracas, los Llanos del Apure, diversos lugares de Nueva España, el mundo rural de Salta y Jujuy, las misiones guaraníes, la Banda Oriental y el Alto Perú. También en España, donde los pobres consideraban que debía haber "igualdad de sacrificio" en las tareas militares.⁴⁹

La lucha contra los peninsulares en áreas insurgentes dio lugar a ataques "redistributivos" contra sus bienes, como ya mencioné en el levantamiento de Hidalgo. Pero hubo casos en otros espacios: los indígenas que sitiaron La Paz en 1811 fueron acusados de decir que los bienes de los fidelistas eran de todos, saquearon propiedades y dispusieron del ganado y otros bienes "como cosa suya"; algo similar se vivió en Salta desde 1815. En las antiguas misiones guaraníes los europeos de los pueblos fueron expropiados y luego siguieron otros pudientes, haciendo declarar a una autoridad, "como ya los bienes de los Europeos se acabaron ahora todo el que tiene algo es europeo".⁵⁰

En diversos espacios y en todos los bandos la religión se puso en juego en la lucha: justificaciones basadas en la biblia, la Virgen en distintas advocaciones al frente de las tropas o directamente convocando a la lucha (como el rumor de que la Virgen de Guadalupe se le había aparecido al cura Hidalgo), consideraciones de la propia causa como santa, acusaciones de impiedad o herejía lanzada a los enemigos.⁵¹ En esto fue fundamental el papel de los curas, tanto en la insurgencia como entre los fidelistas-realistas. Su accionar fue decisivo en la agitación antifrancesa de 1808 en España, en la promoción de los levantamientos insurgentes de Bogotá 1810, la Banda Oriental de 1811 o de Jipipapa en 1814, mientras que el movimiento contrarrevolucionario de los esclavos de Barlovento en 1812 fue estimulado por el arzobispo de Caracas. En alguna ocasión fueron también objeto del odio popular, como parte del sistema impugnado: en el Mezquital, en el centro de Nueva España, los indígenas otomíes se rebelaron para luchar por la "independencia agraria" y también contra los curas.⁵²

Me interesa destacar el todavía poco estudiado peso de miradas escatológicas que circularon en la sociedad en algunos lugares. Van Young ha enfatizado la presencia de perspectivas milenaristas en la insurgencia

53

VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión...* Op. Cit. (Alan Knight arguyó que la evidencia que presenta al respecto es escasa en Crítica. VAN YOUNG, Eric. *The Other Rebellion y la historiografía mexicana. Historia Mexicana*, n.2, v.LIV, 2004); DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla...* Op. Cit. El fascinante trabajo de Alberto Flores Galindo sobre el desarrollo de la utopía andina presenta una mirada de larga duración y no se detiene tanto en esta coyuntura (*Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. México: Grijalbo. 1993).

54

BALLIVIÁN DE ROMERO, Florencia. Op. Cit., p.178.

55

GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit., p.140 (la cita en castellano en p.325; la actualicé ortográficamente).

56

ARCHER, Christon. Op. Cit., p.72. En su argumentación señala que la única forma que tenían los de abajo de enterarse de noticias era desde arriba, algo que contrasta con lo que dicen otra investigaciones.

57

VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión...* Op. Cit.

58

GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit.

59

Del anónimo *Diario de un soldado*, citado en FRADKIN, Raúl. *Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): un ejercicio de exploración*. In: FRADKIN, Raúl (ed.). *¿Y el pueblo dónde está?...* Op. Cit., p.32.

60

TERÁN, Marta. Op. Cit.

61

La cita en su *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, traducida en WALKER, Charles. Op. Cit., p.120.

62

DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla...* Op. Cit.; ANDREWS, Catherine y HERNÁNDEZ, Jesús. Op. Cit.

novohispana y Marie-Danielle Demélas consignó fenómenos similares en el Alto Perú.⁵³ Es evidente que fórmulas como "Ha llegado el tiempo de sacudir el yugo" tenían una clara resonancia religiosa, apocalíptica: "el tiempo está cerca". Ese tipo de frases fueron pronunciadas en lugares muy distantes en la época. Cito sólo dos ejemplos. Un pasquín que circuló en La Plata en 1809 sostenía "Ya es llegado el tiempo de las venganzas".⁵⁴ Otro pasquín hallado en el pueblo de Yahuiwe, Villa Alta (Oaxaca), decía en 1812: "Ya no tenemos gobierno, ya no tenemos rey, ya lo echaron fuera, porque ya llegó el tiempo de que vuelva nuestra corona, que es de nosotros, no de los gachupines (...) ya acabó ese tiempo, otra cosa ahora".⁵⁵ Estas declaraciones armonizaban bien con la perspectiva de un cambio profundo, marca de la época.

La circulación de estos discursos se liga a otro tema común a todo el territorio americano: el decisivo peso de los rumores, elemento fundamental en sociedades basadas en una cultura oral y con mayoría de población analfabeta. Distintos historiadores lo han enfatizado: Christon Archer, por ejemplo, se refirió a la "neurosis colectiva" en Nueva España desde 1808, en buena medida generada por los rumores, muchos esparcidos por los curas.⁵⁶ Van Young resaltó que los novohispanos de la época, aún los más aislados, hablaban mucho de la insurrección y de los acontecimientos políticos; no lo hicieron a través de un lenguaje nuevo, sino que las viejas formas lingüísticas cobraron cada vez más un contenido político. Una crisis pública hizo más densas las redes de comunicación verbal; la amplitud y la profundidad de la conciencia pública y los horizontes del pensamiento político para mucha gente común se expandieron en esta década.⁵⁷ A su vez, Peter Guardino sostuvo que los rumores – primero de la Revolución Francesa y su "asalto" a la religión, luego del peligro francés tras 1808 – pusieron en cuestión los fundamentos de la sociedad, al convertir en tarea la disputa por el derecho a representar al rey ausente y la necesidad de defender la religión.⁵⁸ La fuerza de este fenómeno ha sido también destacada en todos los otros espacios contemplados en el inventario. Y el alcance geográfico de las noticias era enorme: Raúl Fradkin ha advertido cómo el diario de un soldado miliciano de Buenos Aires entre 1806 y 1810 comenta varias veces que "se dice" algo que implicaba a espacios más o menos remotos; manejaba una importante cantidad de información, verdadera y falsa, sobre España, Perú, Nueva España, La Paz, Charcas, Cochabamba, Santa Fe y Montevideo, en la que aparecía habitualmente mencionada la acción de la plebe.⁵⁹ En Valladolid, Michoacán, circuló en 1810 el rumor de que al comenzar la crisis monárquica los indios del Perú se habían opuesto a los criollos.⁶⁰ Era, entonces, una característica clave de la época en todo el imperio. Los rumores fueron entonces decisivos: definieron creencias grupales e incluso ayudaron a delinear el pensamiento de qué era posible hacer, a qué se podía aspirar. Como señaló Ranajit Guha, el rumor cumplía el papel de "portador universal y necesario de insurrección en cualquier sociedad pre-industrial y pre-alfabeta".⁶¹

No todo fue oral, sino que también se difundieron escritos falsos, como una supuesta llamada de Fernando VII a sus súbditos para que lo defendieran que fue esparcida por el Alto Perú, o las proclamas insurgentes que convocaban a la rebelión en Nueva España.⁶² Y en muchos de los lugares mencionados se ha consignado la práctica de la lectura de la prensa en voz alta, para que su contenido llegara a los analfabetos.

63

Véase LINEBAUGH, Peter; REDIKER, Marcus. *La Hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica, 2005.

64

GEGGUS, David. The Influence of the Haitian Revolution on Blacks in Latin America and the Caribbean. In: NARO, N. (ed.). *Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America*. London: Institute of Latin American Studies-University of London, 2003.

65

HAMNETT, Brian. Op. Cit.

66

WALKER, Charles. Op. Cit., p.120.

67

DYM, Jordana. Op. Cit.; DUCEY, Michael. Op. Cit.

68

ARZE AGUIRRE, René. Op. Cit.; ECHEVERRI, Marcela. Op. Cit.; CHILDS, Matt. Op. Cit.; BRAGONI, Beatriz. *Esclavos, libertos y soldados...* Op. Cit.

69

ANNINO, Antonio. *Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos 1812-1821*. In: Idem (coord.). *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Por Hispanoamérica circulaban febrilmente no sólo las gacetas y cartas que se enviaban las elites – y cuyo contenido se volcaba rápidamente por fuera de sus integrantes – sino también noticias que se transmitían ininterrumpidamente entre las clases populares a través de ellas mismas. El papel de los marineros, resaltado ya para el Caribe británico de los siglos XVII y XVIII es un tema que requiere investigación, pero los indicios sobre su importancia son grandes.⁶³ ¿Quién transmitió la noticia de la rebelión de Saint-Domingue en 1790 para que ese mismo año hubiera canciones sobre el tema desde Nueva Orleans hasta Río de Janeiro?⁶⁴ ¿Quién “filtró” en Buenos Aires la noticia de la caída de la Junta Central de Sevilla en 1810 cuando se habían incautado las gacetas que lo anunciaban? Y así con múltiples casos. Pero si los puertos eran evidentes focos de rumores, los arrieros y caravaneros, como ha destacado Brian Hamnett para Nueva España, los llevaban a todos lados.⁶⁵ También ocurría en el Perú, donde “al igual que en la rebelión de Túpac Amaru, arrieros, curas de parroquia, y otros viajeros regaron el sur andino de noticias y rumores, haciendo circular informaciones en chicherías, mercados y otras paradas en su ruta”.⁶⁶ El movimiento caraqueño antipeninsular de octubre de 1810 se produjo al llegar las noticias de que en Quito habían masacrado a varios revolucionarios. Los episodios de Centroamérica se desencadenaron ante la noticia de lo ocurrido en Nueva España, y dentro de ésta fue el estallido del Bajío el que provocó reacciones similares en otros territorios del virreinato, siguiendo las rutas comerciales coloniales.⁶⁷ Y no debemos despreciar la repercusión en América de los estallidos populares en España ante los franceses, muy bien conocidos en todos lados.

Entre los esclavos, los rumores que llevaban a la acción eran siempre parecidos. En la agitación de Santa Cruz de la Sierra en 1809 fue clave la circulación de la noticia de “unos papeles de libertad de los esclavos y de los tributarios que estaban ocultos en poder del señor coronel y del Ministro de Real Hacienda”, quienes no los querían mostrar. En la movilización de los esclavos de Popayán en 1811 jugó un papel crucial el rumor de que una reina negra había llegado a traerles la libertad, pero los amos – muchos de ellos favorables a los revolucionarios – estaban escondiéndola. En Cuba, en 1812, corría el rumor de la inminente llegada de Juan Francisco (Jean François), el legendario líder esclavo de Haití, y de que los españoles no transmitían una orden llegada de España de liberar a los esclavos (en el contexto de las discusiones sobre la constitución que tenían lugar en Cádiz). El mismo año, la conspiración de esclavos de Mendoza fue causada por el rumor de que se había abolido la esclavitud en el Río de la Plata – en realidad se había prohibido el tráfico – noticia supuestamente ocultada por las autoridades locales para no cumplirla; también se conocía bien lo ocurrido en Haití, dado que un cabecilla fue acusado de haber dicho “que era necesario hacer en esta Ciudad lo que los negros de las Islas de Santo Domingo, matando a los blancos para hacerse libres”.⁶⁸

Es remarcable, asimismo, que buena parte de los episodios consignados arriba tuvieron lugar antes de la llegada de la constitución de Cádiz a América (se sancionó en marzo de 1812 y se aplicó del otro lado del Atlántico en septiembre). Ya antes de ese texto, que a veces se propone como la novedad principal del período – Antonio Annino sostuvo que provocó una revolución más silenciosa que la insurgencia, porque debido al cambio gaitano los pueblos conquistaron el autogobierno – la intervención política popular era, sin lugar a dudas, un hecho fundamental y extendido.⁶⁹ Como

70

ORTIZ ESCAMILLA, Juan. Op. Cit., p.101.

71

RODRÍGUEZ, Jaime. *La independencia de la América española...* Op. Cit.

72

AILLON SORIA, Esther. El mulato Francisco Ríos: líder y plebe (25 de mayo de 1809 - 10 de noviembre de 1810). In: BONILLA, Heraclio (ed.). Op. Cit.

se desprende del comentario de Juan Ortiz Escamilla sobre la insurgencia, cuando afirma que las pequeñas ciudades controladas por ésta eran manejadas por las elites locales, pero "como la guerra permitió la participación política del llamado 'bajo pueblo' o 'plebe', se involucró a todos los sectores sociales; los mismos gobernantes insurgentes no tuvieron otra alternativa que reconocer la presencia política de estos grupos, cada vez más desafiantes y demandantes de sus derechos como miembros de la sociedad. Este proceso se reforzaría con el establecimiento de la Constitución de 1812".⁷⁰ Es decir que Cádiz llegó a un terreno ya activo. Las elecciones que trajo la constitución no fueron la causa de la participación popular – como propuso Jaime Rodríguez –⁷¹ sino que buscaron encauzarla, reglamentarla, dirigirla. Ella ya estaba allí. El sistema representativo era una forma de organizar y de remplazar las formas de acción directa y de democracia que de hecho existían en las distintas intervenciones plebeyas.

En muchos de los episodios los integrantes de las clases populares actuaron siguiendo a miembros de las elites, fueran curas, personajes de los patriciados urbanos y rurales devenidos en dirigentes u oficiales de ejércitos y milicias. Algunos de éstos tenían un origen popular y ascendieron a líderes en la misma insurgencia, como ocurrió en La Plata con "el Quitacapas" Francisco Ríos, en la Banda Oriental con el comandante Encarnación Benítez o en Salta con el oficial Vicente Panana, todos pardos (por dar sólo tres ejemplos entre decenas posibles).⁷² Estos personajes fueron conectores imprescindibles en la relación política entre las diversas clases sociales. Lo mismo ocurrió con los caciques de comunidades indígenas, a quienes en general se puede considerar en un lugar bisagra entre el mundo popular y el de las elites, dado que de acuerdo a la situación podían pertenecer alternativamente a ambos. Los pueblos de indios tenían además una larga experiencia en acción colectiva, más que ningún otro grupo con identidad de tal.

En otros episodios, menos, la dirección de los movimientos estuvo enteramente en manos de personas de origen popular. Parece haber sido el caso en algunos de los tumultos españoles de 1808 y 1809; en la movilización en Mompox y en la "conspiración de los italianos" de Santo Domingo, ambas de 1810; en el motín de los patricios de Buenos Aires en 1811 y en la agitación antiespañola de esa ciudad al año siguiente; en los proyectos de los esclavos como el del Chocó en 1809, Popayán en 1811, Mendoza y Cuba en 1812 (incursionando por un segundo en una tipología, se puede decir que los movimientos de esclavos estuvieron entre los más "autónomos", de acuerdo a esta muestra). Más complejo es el tema de los indios misioneros de distintas regiones: en Nuevo Santander en 1811, el mismo año en Moxos y más tarde en la antigua "provincia jesuítica" del Paraguay; todos actuaron autónomamente pero siguiendo a sus caciques y en el último caso en relación con líderes de la elite criolla.

En general, la historiografía actual elude la idea de manipulación por parte de las elites como clave explicativa de la movilización popular – aunque en ocasiones se lo sigue sugiriendo – para privilegiar la existencia de una agenda popular bajo dirección de la elite. De todos modos, hay autores que pese a considerar a las clases populares un sujeto político siguen suponiendo implícitamente que una movilización autónoma respecto de las elites tendría más validez que una dirigida, lo cual es altamente discutible. Convengamos que la participación popular puede ser subordinada y no "autónoma", pero no por eso deja de pesar. Es más, puede ocurrir todo lo

73

MÜLLER, Javiera. Adhesiones populares. El mito del apoyo popular a Carrera. LABARCA, Mariana. José Miguel Carrera y las clases populares, 1811-1813. Ambos en *Seminario Simon Collier 2004*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004. Véase también PINTO VALLEJOS, Julio; VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica. Op. Cit.

74

Un buen repaso de su concepción de repertorio en TILLY, Charles. Contentious Repertoires in Great Britain, 1758-1834. In: TRAUOGOTT, Mark (ed.). *Repertoires and cycles of Collective Action*. Durham: Duke University Press, 1995. Otro ejemplo de un aporte útil es la crítica de Theda Skocpol a las explicaciones que suponen que "para que ocurra una revolución, una necesaria condición causal es el surgimiento de un esfuerzo deliberado, de un esfuerzo que una a los dirigentes y a sus seguidores y que tienda a derrocar el orden político o social existente", a favor de una mirada estructural que atiende a esclarecer "el surgimiento (no la 'hechura') de una situación revolucionaria". Es provechosa porque en el caso que nos ocupa no hubo tal ansia explícita de revolución, no existió un camino de agravios y tensiones en aumento que llevase directamente al estallido de las revoluciones (en cambio, otros aspectos de su teoría como la idea de la pérdida del poder represivo del Estado no parecen aplicables a un imperio que no basó su poder en la presencia de fuerzas coercitivas metropolitanas). SKOCPOL, Theda. *Los Estados y Las Revoluciones Sociales. Un análisis Comparativo de Francia, Rusia y China*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984. p.37. La crítica expuesta entre paréntesis se encuentra en GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit.

contrario: ahí están entre otros el ejemplo del artiguismo o de los llaneros del Apure (y, si se me permite la digresión, cualquiera que conozca la historia del peronismo en la Argentina moderna puede aseverarlo sin dudar).

A la vez, esa subordinación no implica necesariamente pasividad. Javiera Müller y Mariana Labarca han discutido la idea de que en Santiago de Chile la plebe tuviese una ligazón con la facción de los hermanos Carrera, sosteniendo que su movilización respondía a redes clientelares y su presencia en la política era manipulada; la facción carrerina pudo tal vez suscitar simpatías populares pero no intentó convertir a la plebe en un sujeto político.⁷³ Aunque por supuesto no soy un experto en el tema quisiera cuestionar el argumento: era habitual que las elites revolucionarias americanas, que realizaron sus movimientos conociendo ya los efectos de las revoluciones francesa, haitiana y de las rebeliones andinas de la década de 1780, desconfiaran del bajo pueblo. No importa tanto si la convocatoria a la plebe santiaguina en septiembre y noviembre de 1811 fue "instrumental"; algunos plebeyos podrían de todos modos incorporarse como actores de la política, más allá de las intenciones de los dirigentes. De hecho, las movilizaciones populares no fueron solamente respuestas a las iniciativas de las elites, sino que personas de todos los sectores sociales se sintieron compelidas a la acción ante lo ocurrido en la coyuntura.

4. Explorando las causas

Explicar la acción popular y en particular la revolucionaria ha sido una preocupación central de historiadores y cientistas sociales. Las contribuciones más significativas sobre la cuestión provienen de la sociología histórica (de Barrington Moore a Sidney Tarrow) y de la historiografía social de impronta marxista (de George Rudé y Eric Hobsbawm a James Scott), aunque, como es sabido, cuando esas observaciones se transforman en modelos pierden fuerza explicativa. Ninguna de las interpretaciones de los autores mencionados pensada en clave modélica puede aplicarse sin más a la coyuntura revolucionaria del mundo hispano que nos ocupa. De todos modos, algunos componentes de esas miradas de aspiraciones generales pueden ser muy útiles si se las toma por separado, como ocurre con el concepto de Charles Tilly de "repertorio de acción colectiva": en los episodios descritos arriba los miembros de las clases populares que intervinieron no apelaron a infinitas posibilidades de acción sino a algunas, casi todas provenientes del período colonial como el motín "contra el mal gobierno", el ataque contra los impuestos (y sus administradores) o las concentraciones en plazas para exigir cambios de gobierno, algunas de las cuales tendrían larga estela en el mundo hispano del siglo XIX.⁷⁴

Pero para abordar las causas de la movilización popular en esos años es necesario apelar, obviamente, a las investigaciones específicas sobre los espacios estudiados. Al verlas en conjunto se perciben algunos temas clave: el "esencialismo" social o racial, el peso dado a diferentes aspectos de la experiencia humana para explicar la acción – lo socioeconómico, lo étnico, lo cultural, etc – y la cuestión de cómo afecta al análisis la escala de observación. Los desarrollaré brevemente.

Cuando un trabajo investiga cómo actuó en la coyuntura un colectivo definido *a priori*, sean los campesinos, los esclavos, los indígenas u otros, cumple con una perspectiva habitual y válida, pero corre el riesgo de descontextualizarlo. Al centrar el análisis sólo en un grupo – operación que dependiendo del lugar y el momento es más o menos realizable, más allá

del grado de conciencia de grupo que tenga el colectivo elegido – se puede replicar por otros caminos lo que las elites y las autoridades coloniales hacían con el mundo popular: encasillarlo, encerrarlo en categorías, cuando era diverso y bastante móvil. Un mundo sobre todo mestizo requiere un abordaje histórico también “mestizo”. Quiero ser claro: para algunas temáticas la aproximación por categorías es muy útil y para otras cuestiones no es lo que más ayuda. No lo hace, en mi opinión, si se pretende entender la participación popular en la crisis imperial hispana y las revoluciones que le siguieron.

Ya hace tiempo pasó de moda tener que filiar a un sector político de las elites con un interés económico determinado por su ocupación o su estamento, la “fracción de clase” que tiene un objetivo específico y lo vuelca en la política (no es que esto nunca ocurra, claro, sino que no se considera un requisito metodológico indispensable porque esa aproximación condiciona lo que se va a encontrar). En cambio, el abordaje al mundo popular suele ser menos flexible: muchas veces se piensa en categorías “puras” y se trata de encontrarlas. Es habitual que existan trabajos que comparan comportamientos de esclavos o de campesinos con los de otros esclavos o campesinos de diferentes espacios y tiempos. Ello puede ser provechoso; es evidente que cuestiones como la libertad en los primeros y la tierra en los segundos son problemas casi axiomáticos para una disciplina tan refractaria a las “leyes” como es historia. Un estudio de un movimiento protagonizado por esclavos en la coyuntura tratada aquí necesitará seguramente de una comparación con otras rebeliones de esclavos en otros tiempos y espacios, pero sin duda deberá estar muy atento a lo que sucedía en ese período y en esa región con el resto del mundo popular circundante, para poder entender qué pasaba con esos esclavos. Y así con otros grupos.

En ocasiones se presupone que la pertenencia a una categoría determinada es la clave para interpretar la acción política popular, algo que requeriría ser probado en cada caso, así evitamos deslizarnos en un posible esencialismo, explícito o no, que considere a la pertenencia social o racial como un factor determinante. Al hacer eso se corre el riesgo de creer que “los intereses no se *forman* sino que se *reconocen*”.⁷⁵ A esta perspectiva contribuye el uso habitual del término “contexto”: cuando se analiza la acción de un grupo social en un contexto dado, la clave se pone muchas veces en el grupo social, que pesa más “en última instancia”. Se plantea de modo consciente o no, tal aproximación trae una valoración de peso causal: importa más el grupo, el sujeto recortado por el historiador.

No es que no sea necesario atender a las especificidades de cada grupo, lo importante es no hacer sólo eso. En el listado casuístico presenté episodios que se parecen en su forma y en su motivación. Es evidente que los indios que habitaban en pueblos elaboraron proyectos de autogobierno que otros grupos populares no tuvieron y que surgen de la existencia de caciques, de cabildos indígenas y de una estructura comunitaria. Mucho menos de solidaridades étnicas, como muestran dos ejemplos: mientras los otomíes del Mezquital se volvieron insurgentes, cerca de allí, en el Bajío, los otomíes no se sumaron al movimiento de Hidalgo, que fue sobre todo protagonizado por mestizos; entre los treinta pueblos guaraníes del Paraguay, algunos se plegaron al proyecto autonomista de los artiguistas y otros no.⁷⁶ Más allá de que las causas locales fueran diferentes en cada caso, se encuentran similitudes entre lo que propusieron en la década de 1810 algunos pueblos novohispanos, altoperuanos y guaraníes en cuanto

75

Como advirtió LACLAU, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990. p.31.

76

TUTINO, John. *Buscando independencias populares...* Op. Cit.; WILDE, Guillermo. Op.Cit.

a la autonomía indígena. Pero en todos los casos combinaron acciones en algún momento con grupos no indígenas y por eso considero que es útil el análisis en conjunto del mundo popular – en clave local para la factibilidad del trabajo empírico – en esta temática, y buscar qué puede haber lanzado a grupos tan diversos a la movilización política.

¿Pero cómo abordarlos para dilucidar motivaciones y causas, tan difíciles de rastrear en el universo de los oprimidos, mayoritariamente analfabetos? Revisemos la cuestión apelando a algunas de las interpretaciones presentadas para un solo caso: la "ofensiva total y frontal contra la legitimidad del pacto colonial en su conjunto" que vivió Nueva España.⁷⁷ Revisaré solamente, por espacio, a la producción de los mexicanistas anglo-estadounidenses – quienes más se dedicaron a la cuestión – sobre el mundo rural. Varios autores concuerdan en que fue muy importante el convencimiento popular de que los gachupines entregarían la Nueva España a los franceses, pero luego exploran las "verdaderas" causas detrás de ese argumento. Muchas de las historias de la insurgencia en diversas regiones comenzaron, con lógica, por una evaluación de las condiciones socioeconómicas previas a 1810, encontrado que el progreso del fin del siglo XVIII generó una mayor monetarización de la economía campesina, que además se vio perjudicada por la presión que implicó sobre las comunidades el desarrollo de la agricultura comercial (transformadora de prácticas tradicionales de negociación entre aquellas y las haciendas); el aumento poblacional, la caída de los salarios y la suba de los precios. Todo ello hizo del centro de Nueva España una región con fuertes tensiones.

Según John Tutino, estudioso del Bajío, lugar de origen de la revolución de Hidalgo, la profundización de la pobreza y la inseguridad económica afectaron fuertemente a la población rural; incluso quienes no estuvieron directamente amenazados se vieron afectados por lo que ocurría con sus parientes, amigos y vecinos. La preocupación por la subsistencia llevó a miles de pobres de la región a sumarse a las filas insurgentes en 1810.⁷⁸ En su primer aporte sobre el tema, Tutino afirmó que la insurgencia había sido fallida, pero en trabajos posteriores la consideró una auténtica revolución social; específicamente se refirió a una "revolución agraria del Bajío" que minó el poder de los propietarios, debilitó la hacienda y fortaleció la capacidad de negociación campesina.⁷⁹ La variante local es decisiva en su análisis, al igual que en el de Hamnett, quien sostuvo que las "raíces de la insurgencia" se encontraban en "tensiones localizadas" que fueron subsumidas por el movimiento mayor de Hidalgo y luego Morelos. Sin embargo, argumentó, no era inevitable que esas tensiones socioeconómicas condujeran a una rebelión porque – y fue uno de los primeros en advertirlo – no debe asumirse necesariamente que para entender el origen de un conflicto haya que acudir primero a lo económico. Ni el aumento de los precios, ni el deterioro de la calidad de vida eran en sí mismas precondiciones para una revolución. La clave estuvo en "la crisis política del gobierno central", tanto el colapso dinástico como la pérdida del gobierno virreinal del control efectivo sobre varias provincias. Debido a ella – y a la aparición de una dirigencia que logró articular el descontento – los resentimientos pudieron hacerse políticos y volverse insurrección. También William Taylor se opuso, al estudiar Jalisco, a una "estricta explicación materialista" de la insurgencia – la crisis económica no había llegado a un punto "tan agudo que pudiera explicar definitivamente el torbellino que se desató en 1810-1816" – y en cambio pone el énfasis en los resentimientos existentes en los

77

La cita es de VAN YOUNG, Eric. *Hacia la insurrección...* Op. Cit., p.165.

78

TUTINO, John. *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*. Princeton: Princeton University Press, 1986. p.132.

79

Idem. *The Revolution in Mexican Independence: Insurgency and the Renegotiation of Property, Production, and Patriarchy in the Bajío, 1800-1855*. *Hispanic American Historical Review*, v.78, n.3, 1998.

80

TAYLOR, William. *Bandolerismo e insurrección...* Op. Cit.; las citas en p. 220 y p. 219. El estudio de Juan Carlos Cortés sobre Michoacán, también pone el énfasis en las cuestiones locales, en su Política insurgente y autonomía de los pueblos. Indios michoacanos durante la guerra de independencia, 1810-1820. In. GUZMÁN PÉREZ, Moisés (coord.). *Entre la tradición y la modernidad*. Estudios sobre la independencia. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2006.

81

VAN YOUNG, Eric. *La crisis del orden colonial*. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821. México: Alianza, 1992 (1ª ed. en inglés, 1984).

82

Idem. *La otra rebelión ...* Op. Cit. La explicación, además, se centra en Nueva España, haciendo en parte caso omiso de lo ocurrido en España. Su posición fue criticada por otros historiadores que resaltan la articulación con un movimiento mayor (además de discutir el enfoque culturalista). Véanse KNIGHT, Alan. *Crítica*. Eric Von Young. *The other rebellion y la historiografía mexicana*. *Historia Mexicana*, n.002. V.LIV, 2004; CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe. *El imaginario de la violencia popular durante la revolución de independencia*. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, v.19, n.1, 2003; y GUARDINO, Peter. *Los campesinos mexicanos y la guerra de Independencia*. Un recorrido historiográfico. *IZINTZUN. Revista de Estudios Históricos*, n.51, 2010.

83

GUARDINO, Peter. *Peasants, Politics...*, Op. Cit., p.68 y p.69. La traducción es mía.

84

DUCEY, Michael. Op. Cit., p.61.

pueblos, las sensaciones generales de injusticia; otra vez, es "un conflicto local alimentado por agravios locales".⁸⁰

La centralidad de la explicación localista se encuentra asimismo en la obra de Van Young, pero con una interpretación diferente. En su primer libro, cuando estudiaba Guadalajara, fue un defensor de que las tensiones estructurales existentes a inicios del siglo XIX eran causa de la insurgencia, pero rechazó esa visión en sus investigaciones posteriores, donde mantuvo la investigación en clave local pero para áreas más extensas.⁸¹ En *La otra rebelión* impugnó la búsqueda de causas "en el estómago" y en cambio argumentó que los motivos de la gente común para unirse a la insurgencia fueron complejos, no ideológicos y se correspondían a las circunstancias de vidas particulares. Respecto a lo material, propuso que los difíciles tiempos económicos de 1810 produjeron una suerte de hiperestesia política que predispuso a muchos pobladores indígenas, en especial a los indígenas, a actuar con base en otros motivos, fundamentalmente culturales. Utiliza como argumento fuerte que la insurgencia en su apogeo no fue particularmente agrarista y las haciendas casi no fueron tocadas por la rebelión. Para Van Young, los indígenas – a los que considera el grueso de los insurgentes – no se movilizaban por los problemas sociales ni por necesidades económicas: lo hicieron para preservar sus comunidades y evitaron unirse en una causa común con los criollos.⁸²

No coincide con esta mirada Guardino, quien al analizar lo ocurrido en el actual estado de Guerrero halló una interacción importante entre las elites criollas y las clases populares, que pudieron conciliar intereses contra los españoles europeos y el poder estatal. Según este autor, en la Costa Grande (el actual Guerrero) no tuvieron lugar los cambios agrarios del Bajío y Guadalajara pero en cambio las reformas borbónicas aumentaron la presión fiscal y limitaron la autonomía campesina, aunque eso "no parece suficiente para explicar el cataclísmico colapso del orden". Además, "nada en la estructura de clases de México hacía inevitable la explosión"; la causa de ella estuvo en la pérdida de legitimidad del gobierno por "los confusos eventos en España" y la división dentro de las clases altas novohispanas. Aunque no desprecia las tensiones locales, no las considera la clave de la rebelión.⁸³ En una perspectiva similar, Ducey sostuvo que en la Huasteca hubo ideas de las elites que "filtraron" hacia los indígenas insurgentes, quienes les dieron sus propios sentidos (por ejemplo a lo que eran la independencia y el constitucionalismo). En esa adaptación los insurgentes no sólo se ocuparon del problema de las tierras de los pueblos o del orgullo local, sino que buscaron redefinir los vínculos políticos entre sus "patrias chicas" y el Estado mayor; reclamaron una nueva identidad como ciudadanos para dejar de ser "indios" y exigieron su derecho al autogobierno local.⁸⁴

Las interpretaciones, entonces, varían. Todas privilegian lo local – el que menos lo hace es Guardino – pero difieren en el peso de las condiciones socioeconómicas y étnicas versus las culturales, o en la importancia dada a la crisis iniciada en España. Es cierto que todas pueden ampararse en que trabajan sobre espacios diversos, aunque también sugieren conclusiones que procuran ir más allá del caso. Además, algunas variables similares reclaman el cruce de las miradas locales. Por ejemplo, el hecho de que en tantos lugares diferentes y distantes funcionara la fórmula insurgente que afirmaba luchar a favor del rey y contra los gachupines. La impronta antiespañola de las revueltas novohispanas – violencia contra los gachupines y ningún otro fuereño – le dan una dimensión anticolonial supralocal, que no "nacional", muy marcada.

85

No obstante, considero que las teorías "de la oportunidad política" no proporcionan tantas claves para esta temática, aunque pueden brindar ideas valiosas. Véase al respecto MEYER, David; MINKOFF, Debra. *Conceptualizing Political Opportunity. Social Forces*, The University of North Carolina Press, v.82, n.4, 2004.

86

HOBBSAWM, Eric. Notas para el estudio de las clases subalternas. In: HOBBSAWM, Eric. *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, 1983. p.52.

87

SCOTT, James. *Domination and the Arts of Resistance*. Hidden Transcripts. New Haven & London: Yale University Press, 1990. También esa problemática aparece de otros modos en la propia historiografía latinoamericanista, como en TAYLOR, William. *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

88

VAN YOUNG, Eric. *Hacia la insurrección...* Op. Cit., p.182.

89

FREGA, Ana. Los 'infelices' y el carácter popular de la revolución artiguista. In: FRADKIN, Raúl (comp.). *¿Y el pueblo dónde está?...* Op. Cit. Las miradas clásicas que enfatizan el agrarismo en SALA, Lucía; RODRÍGUEZ, Julio; DE LA TORRE, Nelson. *La revolución agraria artiguista*. Montevideo: EPU, 1964. Y BARRÁN, José Pedro; NAHUM, Benjamín. *Bases económicas de la revolución artiguista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2007 (1° ed. 1964).

90

DI MEGLIO, Gabriel. *¡Viva el bajo pueblo!*... Op. Cit.

Es evidente que para varios autores desde 1809 se politizaron tensiones previas y que en algunos lugares, al menos, eso empujó a las clases populares a la acción. Esta explicación se encuentra también en otros de los espacios del listado de acontecimientos. Visto así, todo parece reducirse a una oportunidad: la ausencia de poder liberó conflictividades latentes.⁸⁵ Y éstas son sobre todo sociales – y también étnicas – fundamentalmente porque como señaló Hobsbawm: "para los historiadores de las clases subalternas y de las revoluciones la existencia del conflicto social ha sido siempre obvia: si no existiera la división de clases y la opresión de clases, no existiría tampoco el problema histórico de las clases subalternas".⁸⁶ Como esto es indudable, la explicación socioeconómica es quizás más tentadora porque si se puede establecer parece más "auténtica" (por eso tal vez, prejuiciosamente, la acción popular suele enmarcarse en el campo de la "historia social" mientras la de las elites es "historia política"). Sin embargo, las tensiones sociales no explican todas las intervenciones populares. No sólo porque su existencia *per se* no lleva a los poco frecuentes levantamientos – teniendo en cuenta que existen otras formas de "resistencia" popular, como propuso Scott – sino porque las rebeliones populares no se originan *necesariamente* en esas tensiones, aunque muchas veces lo hagan.⁸⁷ Pueden estar en un trasfondo pero no siempre es sencillo establecer un vínculo directo entre él y la acción. Tal como señaló Van Young, investigar las precondiciones de un movimiento no alcanza si después no se demuestra que la población sujeta a esa situación "participó directamente en ese comportamiento colectivo en número significativo y que esa participación era expresión de la percepción de esas condiciones o de agravios conscientes". Este punto es complicado, dado que muchas veces se establecen bien los motivos posibles de una acción colectiva pero no se los puede demostrar con contundencia. Ello es lógico, dado que los que intervenían en dichas acciones rara vez explicitaban sus motivaciones para hacerlo, con lo cual tenemos un límite.⁸⁸

La traslación es compleja incluso cuando parece muy evidente. El artiguismo de la Banda Oriental tuvo un claro contenido agrarista, pero no es reductible solamente a él. Los "infelices" que siguieron a Artigas lucharon para mejorar sus condiciones de vida, asegurar el respeto de derechos consuetudinarios de acceso a los recursos y conseguir una sociedad más justa, articulando reclamos políticos y sociales.⁸⁹ En Cartagena de Indias los pardos buscaron la igualdad racial, pero no puede suponerse que sólo se movilizaron por ello.

En las ciudades la identificación de los orígenes de la politización parece todavía más compleja. En Buenos Aires adherir a la revolución brindó una igualdad simbólica para el bajo pueblo y su participación fue decisiva en el proceso político, pero apenas dio lugar a reclamos sociales o raciales abiertos (que sí se vislumbran "dentro" de reivindicaciones políticas).⁹⁰ Algo similar ocurrió en otras ciudades de la época, lo cual llevó a que la participación popular urbana fuera considerada en ocasiones como algo menor, desde miradas con mucho de normativas. Así, en su libro de los 80, Van Young sostuvo que mientras las áreas rurales de Nueva España vivieron el huracán insurgente, las ciudades fueron "islas en la tormenta". Ello se debió a que "las diferencias agudas en riqueza y estatus no estuvieron apoyadas por una clara estructura de clase, barreras étnicas inviolables o segregación racial", las formas de asociación eran débiles, había movilidad social y mucha pobreza, lo cual "no parece una situación social en donde

91

VAN YOUNG, Eric. *La crisis del orden colonial...* Op. Cit., p.360.

92

WARREN, Richard. *Vagrants and Citizens. Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic.* Wilmington: Scholarly Resources, 2001; GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit. Antequera cambió su nombre a Oaxaca.

93

FLORES GALINDO, Alberto. *Aristocracia y Plebe.* Lima, 1760-1830 (Estructura de clases y sociedad colonial). Lima: Mosca Azul Editores, 1984. Su línea es aquí semejante a la de Albert SOBOL sobre la plebe parisina en la Revolución Francesa: *Los sans-culottes.* Movimiento popular y gobierno revolucionario. Madrid: Alianza, 1987 (1ª ed. 1964).

94

SERULNIKOV, Sergio. En torno a los actores... Op. Cit. Sobre estos temas véanse por ejemplo STERN, Steve. *La historia secreta del género.* Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del período colonial. México: Fondo de Cultura Económica, 1999; CHAMBERS, Sarah. *From Subjects to Citizens. Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Perú, 1780-1854.* University Park: The Pennsylvania University Press, 1999; y el propio SERULNIKOV, Sergio. Crisis de una sociedad colonial. Identidades colectivas y representación política en la ciudad de Charcas (siglo XVIII). *Desarrollo Económico*, v.48, n.192, 2009.

95

VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión...* Op. Cit.

96

La necesidad de más "diálogo" entre historia política e historia popular fue señalada por FRADKIN, Raúl. La acción colectiva popular en los siglos XVIII y XIX: modalidades, experiencias, tradiciones. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2010, <http://nuevomundo.revues.org/59749>.

97

GRAMSCI, Antonio. *Antología.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. p.493.

98

KNIGHT, Alan. Op. Cit.

99

PORTILLO VALDÉS, José María. Op. Cit., p.253.

era probable que surgieran los grupos urbanos tan frecuentemente asociados con la acción masiva directa en el contexto europeo – los *menu peuple*, los *popolo minuto*, etcétera".⁹¹ Ahora bien, aunque es cierto que lo ocurrido en las ciudades no tuvo nada que ver con el gran estallido rural de 1810 y 1811, otros trabajos han mostrado que sí hubo participación política y desafíos al orden en ciudades como México y Antequera.⁹² En otros casos han existido miradas similares a la de Van Young, como ocurrió con el trabajo de Alberto Flores Galindo sobre Lima. Allí el autor peruano mostró la imposibilidad estructural de la plebe urbana, por su propia conformación como grupo heterogéneo, de ir más allá en su desafío al orden y proponer un nuevo sistema, acorde con una perspectiva socialista moderna.⁹³

Junto con el estudio de las condiciones sociales y étnicas para entender la acción popular tras la gran crisis de 1808 sería importante – como ha señalado Sergio Serulnikov – que se atienda también a los aportes realizados en otras temáticas fundamentales: la cuestión del honor, del respeto, de la relaciones de género, que han ocupado un lugar destacado en investigaciones sobre la región en los siglos XVIII y XIX pero se han observado poco en esta coyuntura.⁹⁴ Sin atender a esos otros aspectos de la experiencia humana es difícil comprender los variados y complejos motivos que condujeron a los integrantes del universo popular a la acción. Es fundamental, asimismo, una exploración de cómo jugaron las relaciones de parentesco, compadrazgo y amistad en las razones para decidir participar o no de un movimiento, como enfatizó Van Young.⁹⁵ Y tener en cuenta las rivalidades entre poblaciones rurales o entre ciudades como variable para entender por qué unos y otros pudieron alinearse en bandos opuestos en una coyuntura. Finalmente, se requiere una mayor interacción con los aportes de la historia política – incluyendo su variante conceptual – para evitar el avance por caminos paralelos que provoca en ocasiones que al leer aportes provenientes de la historia popular y otros de esa historia política parezca que se habla de mundos diferentes.⁹⁶

Quiero plantear finalmente el problema de la escala. Como se ha visto, los estudios revelados se ocupan mayormente de casos locales. En ello juegan condicionantes de factibilidad y de requisitos académicos pero también una cuestión ontológica de la historia popular, anunciada por Antonio Gramsci y probada por diferentes autores: ella "no puede tratarse más que monográficamente".⁹⁷ Claro que esta aproximación detallista y hasta microscópica tiende a enfatizar en la causalidad la dimensión local y los intereses localistas. Así, cuando Alan Knight criticó la visión de la insurgencia propuesta por Van Young tras su "giro culturalista", destacó que el hecho de que encontrara causas locales podía tener que ver con que su abordaje era local, mientras que quienes veían causas más amplias para el mismo fenómeno, como Christon Archer al trabajar sobre la insurgencia de Hidalgo, toman fuerzas en movimiento, ejércitos, y tienen por lo tanto una perspectiva en mayor escala.⁹⁸ Esto es absolutamente cierto y conduce a la conveniencia de articular la causalidad local con la general. ¿Cambia algo al tener una perspectiva global que no mire desde arriba sino atendiendo a la multiplicidad de casos presentados e investigados a ras del suelo?

Evidentemente, las causas de los movimientos populares en las revoluciones y contrarrevoluciones hispanas combinaron una coyuntura general con conflictividades de escala micro o incluso con tradiciones locales – como la de alternar "el recurso a los mecanismos legales y a la rebelión", corriente entre grupos indígenas –⁹⁹ que sin embargo no eran inmutables,

THOMSON, Sinclair. *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*. Madison: The University of Wisconsin Press, 2002; SERULNIKOV, Sergio. *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino*. El norte de Potosí en el siglo XVIII. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

dado que una impugnación el orden colonial se percibía hacia décadas en comunidades indias del Alto Perú.¹⁰⁰ Es indudable que hubo causas locales, sociales, raciales en las intervenciones populares; no se puede reducir las motivaciones a un solo factor en cada caso, aunque en algún espacio uno prime con claridad.

La heterogeneidad de motivos implica que no parezca adecuado entender la crisis imperial como una mera oportunidad para expresar tensiones más o menos soterradas. Otra vez: es evidente que ello ocurrió pero no es lo único que ocurrió. Si reducimos la participación popular a aprovechar una coyuntura basada en problemas que sólo importaban a las elites corremos el riesgo de caer en una interpretación elitista: a las clases populares les era indiferente lo que ocurría en las "alturas", sólo se ocuparon de lo que las atañía directamente. Pero esta afirmación se contradice con la evidencia, que muestra que la discusión acerca de lo sucedido en España, y sobre la estructura de poder en general, afectó a porciones mayoritarias de la sociedad.

La idea de hacer este ensayo surgió cuando al leer textos sobre distintos espacios, de autores que posiblemente no conocían mutuamente sus trabajos, encontré descripciones de escenas muy parecidas. ¿Qué hay detrás de esas similitudes? No alcanza con pensar localmente. Podría decirse que existen pautas de comportamiento popular que son semejantes en las sociedades "de Antiguo Régimen" y algo de eso es verdadero. Pero acá interesa la eclosión de acciones muy parecidas en el mismo momento para un espacio común. ¿Pudo haber también una causa general para este comportamiento general?

5. Una causa para todos

Mi propuesta es también considerar a la misma coyuntura como causa.¹⁰¹ La simultaneidad y las coincidencias no fueron fortuitas ni tampoco meras consecuencias de una oportunidad, también surgieron del mismo problema. Más allá de las grandes diferencias locales, en toda Hispanoamérica había realidades populares comunes, generadas por un sistema colonial cuyos rasgos eran generales: la explotación, la inferioridad racial, la desigualdad jurídica, la lejanía de la esfera de las decisiones y una matriz cultural cristiana e hispana sobre la cual se construyó una cultura política. Es decir, para analizar a las clases populares, junto con la importancia de lo particular, es asimismo fundamental tener en cuenta que eran parte de un gran conglomerado: el imperio. El pactismo, fundamental en la coyuntura, era un principio manejado por más que unos pocos. No es que las clases populares tienen una historia *solamente* local – ella es necesaria metodológicamente para aprehenderlas – y las elites una historia supralocal. También esas clases populares compartían – siguiendo aquí la propuesta que François-Xavier Guerra elaboró sobre todo para las elites letradas – una forma de considerar el orden, las relaciones de poder y la autoridad, determinadas concepciones acerca de los derechos de cada uno.¹⁰²

El peso del cristianismo es clave, puesto que daba un plafón común a todo el vasto dominio hispano. "¿Algún rasgo caracterizó a la mayoría de los insurgentes, aparte de ser hombres católicos?", se preguntó Knight.¹⁰³ Las variantes regionales en las prácticas y creencias eran grandes y por eso la mejor manera de comprender la religiosidad en la época es, otra vez, estudiándola en su ámbito específico, local.¹⁰⁴ No obstante, había algunas grandes cuestiones que todas las variaciones compartían. Hasta el habitan-

La coyuntura a su vez fue causada por la decadencia del imperio y la expansión francesa.

GUERRA, François-Xavier. *Modernidad e independencias*. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas. Madrid: MAPFRE, 1992.

KNIGHT, Alan. Op. Cit., p.506.

CHRISTIAN, William. *Religiosidad local en la España de Felipe II*. Madrid: Nerea, 1991.

105

Para la formación de los clérigos véase como ejemplo lo ocurrido en el Río de la Plata, en DI STEFANO, Roberto; ZANATTA, Loris. *Historia de la Iglesia argentina de la Conquista hasta el siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009. Sobre la propagación del pensamiento tomista en la sociedad hispana pueden consultarse SCHAUB, Jean-Frédéric. El pasado republicano del espacio público. In: GUERRA, François-Xavier et al. *Los espacios públicos en Iberoamérica*. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 1998; también LEMPÉRIÈRE Annick. Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico 1808-1825. *Ayer*, n.55 (3), 2004; DI MEGLIO, Gabriel. ¿Una feliz experiencia? La plebe urbana de Buenos Aires y el problema de la legitimidad posrevolucionaria a la luz del "Motín de Tagle" (1823). *Entre pasados*, Buenos Aires, n.28, 2005; y GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit.

106

Para los nuevos intentos de pensar ese período a nivel mundial véase ARMITAGE, David; SUBRAHMANYAM, Sanjay (eds.). *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010.

107

Para la cuestión del consentimiento véase José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica*. El lenguaje político en tiempos de las independencias. Buenos Aires: Sudamericana, 2004; también su "Autonomía e independencia en el Río de la Plata, 1808-1810", *Historia Mexicana*, v.LVIII, n.229, 2008. La idea del impacto popular ilustrado en la cultura popular en GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit.

108

FARGE, Arlette. *Subversive Words*. Public Opinion in Eighteenth-Century France. University Park: The Pennsylvania State University Press, 1992. p.197 (la traducción es mía).

109

LENIN, Vladimir I. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*. Moscú: Progreso, 1961.

te del más recóndito rincón rural dentro de la monarquía entraba en algún momento de su vida en contacto con el discurso de un cura, y la formación de los sacerdotes podía variar, pero tenía algunas constantes. Debido a eso, la gran mayoría de los hispanoamericanos contaba con alguna noción de la doctrina tomista, clave entre el clero hasta fines del período colonial, y ella consideraba a Dios, la Patria y el Rey los componentes del cuerpo político.¹⁰⁵ En todo caso, varios componentes del pensamiento cristiano eran parte de la cultura política común que existía en el mundo hispano.

A esta matriz se le sumó el enorme influjo de las ideas presentes en ese particular momento que fue "la era de las revoluciones" en el mundo euro-colonial posterior a la Guerra de los Siete Años. El nuevo comportamiento imperial tras su finalización, el peso fiscal y el intento de reformar el funcionamiento de las sociedades hispanas generaron rencores, reacomodamientos y rebeliones que no condujeron en línea recta a las revoluciones posteriores a 1808 pero dejaron rescoldos y abrieron nuevas expectativas.¹⁰⁶ La impactante circulación de noticias hizo que ni la más aislada de las aldeas quedara a salvo de los rumores. Las novedades de que los franceses habían ejecutado a su rey y a parte de su aristocracia, que los esclavos de Saint-Domingue se habían liberado a sí mismos y habían matado a sus amos, que se había proclamado "los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos" (declaración que circulaba en Hispanoamérica por lo menos desde 1793), que los colonos en parte de la América inglesa se habían independizado y se gobernaban sin un rey, se esparcieron ampliamente por todos lados. Esto permitió imaginar posibilidades distintas, alternativas a una realidad ingrata.

¿Hasta dónde en la escala social se discutía la cuestión del principio de consentimiento como base del poder, aspecto del derecho natural que sería clave en esos años? ¿Hasta dónde se difundieron las ideas de la Ilustración?¹⁰⁷ La respuesta es socialmente lejos, bien abajo. Evidentemente todos esos temas fueron ampliamente conocidos. Los rumores eran habituales en las sociedades coloniales, pero no inocuos. Si portaban novedades tan drásticas desde otros espacios contribuían a percibir de manera diferente la propia realidad. Y además del contenido de los rumores, la disposición a esparcirlos y a esperarlos con ansia tenía efectos: "la curiosidad pública", sostuvo Arlette Farge analizando el papel del rumor en el París dieciochesco, fue un "acto que introdujo a cada individuo en la política".¹⁰⁸

La incertidumbre y la confusión generadas en 1808 no fueron sólo una excusa para que afloraran tensiones previas y aspiraciones de autogobierno popular (en particular indígena). Fueron también causa de la acción. Ante esa emergencia y sus efectos hubo quien no hizo nada, pero otros actuaron. Algunos pueden haber visto su modo de vivir amenazado y buscaron defenderlo recomponiendo la autoridad, otros quisieron construir un orden distinto o regresar a un pasado añorado, u obtener algo largamente soñado. Se lanzaron a la política o fueron convocados a participar en ella por unas elites que a la vez trataron de controlar su movilización, buscando evitar la repetición de lo ocurrido en los levantamientos de fines del siglo XVIII en EEUU, Francia, Haití y en los Andes.

Si tomamos la famosa fórmula de Lenin para pensar la revolución, no es claro en este caso que los de abajo no quisieran más lo viejo pero sí es seguro que los de arriba no pudieron sostenerlo más del modo en que venían haciéndolo, y eso permitió la acción popular, en la cual afloraron los resentimientos sociales, raciales y también anticoloniales.¹⁰⁹ Como señala-

ron Hamnett y Guardino para Nueva España, Demélas para el Alto Perú y Fraser para España, fue fundamentalmente la incertidumbre política generada por la acefalía real la mayor fuente de desestabilización entre 1808 y 1810. Porque, sostiene Fraser, en una sociedad regulada que siempre supo a qué atenerse la confusión era muy disruptiva.¹¹⁰

La acefalía fue invocada en lugares muy diversos. En Acapulco, en 1808, se dijo que había que coronar un rey en América porque ya no lo había en España, y matar a los europeos tiranos; en un pueblo cercano a Cuzco se afirmó en 1809 que habría cambios en el tributo, "respecto de haber muerto ya el Rey"; en Trinidad (Moxos), en 1810, los indígenas que se negaron a tributar y fueron amonestados en nombre del monarca, contestaron "no hay rey, el rey está muerto"; el mismo año, en Quito, corrió la voz de que no había más rey ni gobierno legítimo y de que había que expulsar a los tiranos (las autoridades locales); y lo mismo pasó en simultáneo en el pueblo novohispano de Zacualpan, cuando el gobernador indio contestó al reclamo en nombre del rey por el atraso en el pago del tributo, "qué rey ni que rey, ya no tenemos rey".¹¹¹ He ahí una clave, tal vez *la* clave, del origen de la acción popular en el período.

Esto nos lleva, como tantas veces en la historiografía, a la fundamental cuestión del rey. La literatura sobre el tema es abundante pero sintetizaré algunos aspectos centrales. Desde la Edad Media europea, como arguyó Marc Bloch, "un rey era algo muy distinto de un simple funcionario a los ojos de sus pueblos fieles. Lo rodeaba una 'veneración', que no tenía su origen únicamente en los servicios prestados"; tenía "una aureola sobrenatural" y había una creencia en el "carácter sagrado y maravilloso de los reyes".¹¹² De acuerdo a una fórmula tradicional aplicada en diversos países, el rey tenía dos cuerpos unidos, el personal, que desaparecía con su muerte, y el político, formado por sus súbditos y que trascendía la muerte, continuando el derecho del rey a gobernar.¹¹³ El monarca, que en América era una ausencia física, era percibido como un padre y su figura era "la de una encarnación, personificación de la autoridad de las autoridades". Representaba la garantía de justicia, la estabilidad y el equilibrio entre todos los componentes de la monarquía.¹¹⁴ Y eso en sociedades en las que impartir justicia era absolutamente esencial, la columna que cohesionaba de modo cotidiano al sistema colonial, encargándose de mediar en el principio de que cada uno debía tener lo que le correspondía. Más allá de que a lo largo de los siglos esas concepciones se fueron modificando, habían dado origen a lo que puede denominarse un *ethos* monárquico poderoso, desde el cual se interpretó la crisis de 1808. En la mirada popular, "un mundo sin rey, al igual que un mundo sin iglesia, era un mundo boca abajo, presa del caos y de la conducta arbitraria en la que los débiles y los pobres eran las principales víctimas".¹¹⁵ En aquel *ethos* se sostuvo lo que Van Young llamó "monarquismo ingenuo" popular, que consideraba al rey fuente de justicia pero impugnaba a sus funcionarios locales; de ahí una consigna como "¡Viva Fernando VII y mueran los gachupines!" (o los "chapeltones") en 1810. Es la tradición, agregó, del antiguo grito "¡Viva el rey, muerta el mal gobierno!" pero con un alcance mayor: no son sólo los responsables directos del mal gobierno sino todos los españoles. Era, entonces, una expresión anticolonial. Lo mismo es observable en Huánuco en 1812: "acá no vamos contra nuestra santa religión, ni menos contra nuestro muy amado soberano, si no es sacudir el yugo de cuatro chapeltones".¹¹⁶ Y también aquellos que presentaron posiciones antimonárquicas a nivel popular acudieron al mismo

110

HAMNETT, Brian. Op. Cit.; GUARDINO, Peter. *Peasants, Politics...*, Op. Cit.; DEMÉLAS, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla...* Op. Cit.; FRASER, Ronald. Op. Cit.

111

GUARDINO, Peter. *Peasants, Politics...*, Op. Cit.; WALKER, Charles. Op. Cit., p.121; ROCA, José Luis. Op. Cit., p.274; MINCHOM, Martin, Op. Cit.; VAN YOUNG, Eric. *La otra rebelión...* Op. Cit., p. 287.

112

BLOCH, Marc. *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p.27 y p.28 (1ª ed. 1924).

113

KANTOROWICZ, Ernst. *Los dos cuerpos del rey*. Un estudio de teología política medieval. Madrid: Akal Universitaria, 2012 (1ª ed. 1957). Lo utilizó para España, entre otros, BENNASSAR, Bartolomé. *La monarquía española de los Austrias*. Conceptos, poderes y expresiones sociales. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006.

114

SCHAUB, Jean-Frédéric. Sobre el concepto de Estado. *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, n.28, 2004, p.49; LANDAVAZO, Marco Antonio. *La máscara de Fernando VII*. Discurso e imaginario monárquicos en una época de crisis. Nueva España, 1808-1822. México: El Colegio de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-El Colegio de Michoacán, 2001. En Francia e Inglaterra era fuerte la creencia en el rey "como protector o 'padre' de su pueblo", y la fidelidad a su figura llevaba en ocasiones a la acción popular, tal como consignó George Rudé en *La multitud en la historia*. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848. Madrid: Siglo XXI, 1979. p.235 (1ª ed. 1964).

115

TORRAS, Jaime. *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*. Barcelona: Ariel, 1976. p.18.

116

IGLESIAS BERROSPÍ, Luis. Op. Cit.

117

Todavía es un desafío explicar adecuadamente la caída de la fidelidad al rey y su reemplazo por la identidad republicana, cambio fundamental de la historia del continente. Indudablemente, ahí jugó la dinámica de las revoluciones.

118

La observación es para la ciudad de Antequera y los pueblos indios de Villa Alta, pero puede pensarse para otros lugares; GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit., p.39 y p.89.

119

Donde la posibilidad de entronizar a un descendiente de los incas se volvió para muchos concreta. Véase al respecto FLORES GALINDO, Alberto. *Buscando un inca...* Op. Cit.

120

Es útil para el análisis de esta problemática el aporte de E.P. Thompson sobre "la economía moral de la multitud" en la Inglaterra del siglo XVIII – a veces sobreutilizado en la historiografía –, que advierte sobre el impulso a la acción que la violación de alguno de los principios populares sobre cómo debían funcionar las cosas; en THOMPSON, Edward P. *Costumbres en común*. Barcelona: Grijalbo, 1995.

121

FRASER, Ronald. Op. Cit.p.47.

122

Sobre la crisis de la obediencia en la ciudad a fines del período colonial véase JOHNSON, Lyman. *Workshop of revolution: Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*. Durham: Duke University Press, 2011.

123

KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado*. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós, 1993.

principio: no había más rey, el sistema era ahora otro –podía por ejemplo no pagarse tributo – y ello habilitaba la construcción de algo nuevo.¹¹⁷

Como advirtió Guardino, quienes ocupaban los estratos más bajos de la sociedad no se consideraban necesariamente subordinados a los ricos; incluso la autoridad de los miembros del cabildo provenía de su lugar de ministros de la justicia del rey más que de su estatus social, era su relación con el monarca la que les daba su posición privilegiada.¹¹⁸ El rey remoto era una presencia constante. Si es claro que en distintos espacios los principios de obediencia estaban en crisis desde fines del siglo XVIII, el rey como fundamento último parecía ser lo que mejor resistía en la decadencia del imperio, su garantía última (incluso en el único lugar donde la oposición anticolonial había llegado más lejos y hasta la investidura real había sido en un momento amenazada: la región andina central en torno de 1780).¹¹⁹

Por eso la ausencia del monarca sin perspectivas de regreso en 1808 generó un verdadero terremoto político – como tantas veces se ha señalado – también para las clases populares, puesto que muchos de sus integrantes se vieron compelidos a hacer algo al respecto.¹²⁰ Fue un desmoronamiento del mundo conocido, una inseguridad general en la que sintieron que tenían que actuar para ordenar el mundo, fuera que intentaran conservarlo intacto o que quisieran cambiarlo, que buscaran aislarse de todo el resto o que procurasen la unión con movimientos mayores. De hecho, la crisis de 1808 se originó en el motín de Aranjuez, que se debió sobre todo al "profundo sentimiento de 'abandono' paternal por parte del monarca".¹²¹ De allí surgió la incertidumbre. Muchos novohispanos creían que defendían los derechos del rey preso de los gachupines traidores que querían entregarle América a los franceses.

Podría afirmarse que ésta era una forma de expresar el malestar en otras áreas, de encontrar una justificación para una acción debida a otras causas. No es algo sencillo de dilucidar pero teniendo en cuenta lo que se conoce sobre la relación de la población con la figura del monarca, no hay razones para no creer que en sí misma la ausencia del rey fue un problema. Fundamentalmente, insisto, porque era el único que mantenía unida una estructura en franca descomposición. De todos modos, el peso de los argumentos centrados en el rey no parece haber sido similar en todos lados. En Buenos Aires, el único de los casos aquí presentado que investigué yo mismo, las apelaciones a la figura del rey fueron mucho más escasas que, digamos, en las zonas insurgentes novohispanas. Esto se debió a que el "edificio virreinal" había comenzado a derrumbarse antes, con las invasiones británicas, y pese a que en 1808 se despertó el patriotismo hispano, el poder colonial ya había entrado allí en una crisis terminal.¹²²

Claro que la ausencia del monarca no funcionó por una propiedad ahistórica, sino que produjo lo que produjo en ese instante particular. Una etapa donde el mundo europeo y euro-colonial se vio sacudido como nunca antes por desafíos revolucionarios, donde los "horizontes de expectativas" se transformaron rotundamente para todos.¹²³ Esto se debió en parte a la difusión de las ideas ilustradas, que impugnaron cada vez más claramente las concepciones jerárquicas tradicionales. Asimismo, a las cada vez más fuertes impugnaciones al orden desde abajo – claramente, después de la insurrección andina de la década de 1780 nada fue igual en el imperio –, como también a una actitud diferente desde arriba. Con las reformas de fines del siglo XVIII la Corona española realizó una tarea en un punto inclusiva, a través del pedido de participación general a favor de la monar-

124

Agradezco a Peter Guardino haberme advertido sobre este punto. Para la cuestión de los donativos tardocoloniales véase por ejemplo el caso rioplatense en GRIECO, Viviana. *The Politics of Giving. Donors, Lenders, Subjects and Citizens in the Viceroyalty of Rio de la Plata, 1793-1808*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, en prensa.

125

GUARDINO, Peter. *The Time of Liberty...* Op. Cit., p.154.

126

HALPERIN DONGHI, Tulio. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*. Madrid: Alianza, 1985. Con una posición diferente, véase también RODRÍGUEZ, Jaime. *La independencia de la América española...* Op. Cit.

127

GUERRA, François-Xavier. *Modernidad e independencias...* Op. Cit. Un señalamiento sobre la centralidad de España en la obra de Guerra, en MEDINA PINEDA, Medófilo. En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las 'revoluciones hispánicas. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, v.37, n.1, 2010.

guía tras la crisis abierta por la Revolución Francesa. Así, en varias ocasiones solicitó apoyo económico en forma de donativos con un alcance social amplio, que implicaba abiertamente a las clases populares, con el objetivo de enfrentar los que se presentaban como peligros para el rey. Es decir que se suponía y se transmitía que todos los súbditos tenían que aportar su esfuerzo ante una amenaza.¹²⁴ Es posible, como conjetura, que la sensación de pertenencia a la monarquía haya sido más grande que nunca antes ahora que el rey se dirigía directamente a todos, pero en simultáneo con la conciencia creciente de que se vivía una situación crítica.

En este contexto, la desaparición del monarca considerado legítimo abrió el momento de indeterminación en el cual sectores muy diversos, entre ellos quienes hasta entonces habían casi limitado su experiencia política a obedecer, encontraron una oportunidad para hacer algo diferente, pero sobre todo sintieron que podían –o hasta que debían– intervenir en la discusión acerca del camino a seguir en una coyuntura impensada. Porque la crisis forzó a los súbditos del rey a actuar. En algunos lugares sólo lo hicieron las elites, en otros también sus subalternos. La circulación de rumores dejó de ser un rasgo cotidiano de las sociedades coloniales para convertirse en un acelerador del cambio. La política superó el quejarse contra el mal gobierno y esperar el restablecimiento del bien común para implicar una participación, aunque fuera mediante el ejercicio de presión, en la toma de decisiones y una interpelación directa a un poder menos lejano que el de un rey allende los mares. Distintas formas de igualitarismo se hicieron presentes. Y una fue particularmente fuerte: la idea popular de que todos los hombres adultos eran políticamente iguales, con derecho a intervenir en el sistema político. Ésta, como señaló Guardino, fue extremadamente corrosiva del orden colonial.¹²⁵

Esta mirada en conjunto refuerza las posiciones de diversos autores que a partir del aporte de Tulio Halperin Donghi en 1985 sostuvieron que la clave causal de las independencias estaba en el derrumbe imperial, aunque la participación popular no era un eje de sus preocupaciones. Ello no implica aceptar todas las implicancias de las miradas generales (por otra parte no totalmente coincidentes entre sí, aunque no es un tema a desarrollar aquí).¹²⁶ Respecto de la que tuvo más impacto internacional, la presentada por François-Xavier Guerra en 1992, diría que una revisión de su sólida explicación de la simultaneidad de las reacciones políticas americanas entre 1808 y 1810 desde la observación de la participación popular desplaza el centro que en su argumentación tiene constantemente España.¹²⁷ De acuerdo a lo aquí analizado, la chispa estuvo indudablemente en la Península porque allí estaba el rey, pero luego la acción popular en cada región tuvo más que ver con circunstancias locales que con lo ocurrido en Europa.

Entonces, una explicación de la movilización popular en las revoluciones hispanas debe necesariamente articular observaciones puntuales con el panorama general para hacerse inteligible, y atender a los motivos variados que hubo para actuar – y para no hacerlo – en cada espacio. Existieron diversas causas locales para la acción popular, pero también una causa general que empujó a la participación en todo el imperio español, la cual en esta crisis – en ésta y no en otras que pueden ser muy diferentes – estuvo en la política: la desaparición del rey en un marco de crisis estructural del sistema colonial. Obligó a las clases populares, y no sólo a un puñado de letrados con conocimientos jurídicos, a hacer algo con esa nueva realidad. A lo largo del período colonial habían existi-

do múltiples y repetidos momentos de descontento social en distintos lugares del imperio español, que en ocasiones dieron lugar a protestas y levantamientos. Había existido una acefalía real en la monarquía española a principios del siglo XVIII y el resultado fue totalmente diferente al de un siglo después. ¿Qué pasó esta vez para que el resultado fuera otro? La historia. La confluencia de la ausencia del rey – de hecho, el fin provisorio de la monarquía –, el debilitamiento paulatino de la administración colonial, la progresiva inclusión en los asuntos públicos de grupos ajenos a las elites, la difusión de noticias de revoluciones en distintos lugares y de expectativas de cambio, y la construcción de experiencias políticas y aspiraciones variadas a nivel local durante el siglo XVIII, junto con la creciente animadversión hacia diversas formas de poder – autoridades coloniales, autoridades locales, elites – en diferentes espacios, produjeron una politización popular a escala imperial sin precedentes. Fuera para atacar o defender un estado de cosas, miembros de las clases populares participaron en un proceso que modificó el orden monárquico en el que hasta entonces habían vivido. Con esas acciones se convirtieron, como nunca antes, en protagonistas de la transformación de su mundo, llegando en ocasiones a la revolución social. Ello se debió a muchas causas. Sólo una, sin embargo, afectó a todos.